JUAN DE MACÍAS Y DEL REAL

RENACIMIENTO

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12
1911

Para el primer José Donoso.

Recuerdo muy afectuoso

de

Juan de Macías y del Real

RENACIMIENTO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suéde, la Norvége et la Hollande.

Copyright, by Juan de Macías y del Real, 1911.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

RENACIMIENTO

COMEDIA EN CINCO ACTOS ORIGINAL DE

JUAN DE MACÍAS Y DEL REAL

Avalorada con interesantes elementos artísticos de novelas escritas por el eminente literato **D. Benito Pérez Galdós**

SE ESTRENÓ ESTA COMEDIA EN EL TEATRO ESPAÑOL
LA NOCHE DEL 18 DE NOVIEMBRE DE 1911

MADRID
IMPRENTA ARTÍSTICA ESPAÑOLA
CALLE DE SAN ROQUE, NÚM. 7
1911

OBRA DEL AUTOR

Parece cuento... (comedia en tres actos).

A mi querido maestro y amigo

Don Benito Pérez Galdós

Usted, padre literario de TORQUEMADA, *ha sido también el padrino de* RENACIMIENTO, *y por ello le doy gracias muy expresivas:*

Es mi deber transmitirle los aplausos que el público y la crítica otorgaron á esta comedia, y debo rogarle, al mismo tiempo, que los estime como propios, pues en sus obras aprendí á escribir y en ellas estudié los caracteres palpitantes de vida que renacieron transformados *en la escena del* Teatro Español, *con la total aprobación de usted.*

Reciba con esos aplausos una expresión más de la sincera admiración que le profeso desde mi infancia y del cariñoso afecto que me une á usted desde el 15 de Marzo de 1892.

Juan de Macías y del Real

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CRUZ DEL AGUILA.	*Pascuala Mesa.*
FIDELA DEL AGUILA.	*Dolores Bremón.*
ISIDORA.	*Carmen Navarro.*
EUFRASIA.	*Natividad Ríos.*
RUPERTA.	*Cecilia Delage.*
DONCELLA.	*Amelia Borrachero.*
FRANCISCO TORQUEMADA. .	*Leovigildo Ruiz Tatay.*
RAFAEL DEL AGUILA.	*Pedro Codina.*
JOSE DONOSO.	*Constante Viñas.*
PEPE MORENTIN.	*Ramón Galuellas.*
JUAN.	*Pedro Granda.*
ZARATE.	*Teodosio Barona.*
CRIADO.	*Angel Sepúlveda.*

La acción en Madrid.—Epoca actual.—Las escenas de la comedia indican las diferentes transformaciones que han de experimentar los personajes en su aspecto físico, trajes, actitudes y maneras de expresarse.

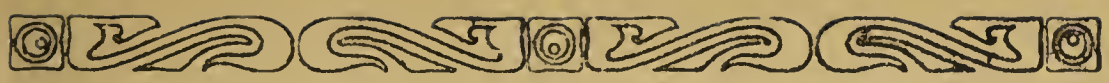
(Derecha é izquierda, las del actor.)

RENACIMIENTO

EXPLICACION

(Recitada á telón corrido por la primera actriz.)

Galdós escribió en cuatro volúmenes la vida del *gran tacaño* Francisco Torquemada. En 1908, un admirador y ferviente amigo del *maestro*—al releer aquellos preciosos libros—, pensó: «Si algunos de los personajes hubieran experimentado conmociones físicas ó espirituales, capaces de destruir hábitos arraigadísimos ó rutinas heredadas, ¿cuál habría sido el desarrollo de sus vidas en relación con los respectivos caracteres?» Y al pensar esto, surgió la idea inspiradora de la comedia RENACIMIENTO. El autor quiso avalorarla con interesantes elementos artísticos de aquellas obras escritas por el gran literato, gloria de España, y Galdós, en obsequio á su amigo y discípulo, ha consentido en la transformación teatral de sus personajes. Por eso el autor de la comedia quiere, público cariñoso, que te diga: «Torquemada nace de nuevo para el teatro; no te sorprendas si su vida familiar escénica es distinta de su vida novelesca; su padre literario lo permitió, y ya sabes que *contra un padre no hay razón.*» *(Inmediatamente se alza el telón.)*



ACTO PRIMERO

Gabinete-despacho en casa de Torquemada.—Balcón al foro, puerta izquierda, puerta foro derecha.—Mesa vieja con tres cajones al lado puerta foro y frente á la puerta izquierda.—Sobre la mesa, lámpara de petróleo encendida, un gorro y libros comerciales.—Al lado izquierdo del balcón, un vargueño deteriorado, y sobre él, juguetes de niño y libros pequeños. En la pared, encima del vargueño, retrato de un niño de diez á doce años, con traje de marinero; el marco del retrato, dorado y de mal gusto; tres sillones y varias sillas antiguas.—Alfombra hecha de retazos de distintas clases y colores; una pelleja de cordero debajo de la mesa.—Oleografías baratas en las paredes.—Brasero con caja de madera y alambrera, frente al balcón

(Mientras se alza el telón suenan fuertes campanillazos. Ruperta cruza la escena pasando de la puerta foro á la puerta izquierda.)

ESCENA PRIMERA

TORQUEMADA, RUPERTA

TORQUEM. *(Entra puerta izquierda, seguido de Ruperta.)* ¿Ha venido alguien?

RUPERTA No, señor, no ha venido *naide*.

TORQUEM. Entonces, ¿qué hace esa luz encendida? *¡Ñales!* ¿Te crees tú que no me cuesta trabajo ganar las *santísimas* perras? ¿No te he dicho

que hasta que yo vuelva aproveches los cabos de vela? ¿Para qué *ñales* compré los *matacabos?* ¿Quién demonios es aquí el amo, tú ó yo?

RUPERTA Como me dijo usted que el señor Donoso vendría al anochecer... *pus* por eso.

TORQUEM. Mira que eres burra y con *insulas de sábelo* todo: cuando venga, se enciende. ¿Tú crees que el petróleo lo dan de balde? ¿Por qué has puesto humbre?

RUPERTA *Pus*... por lo mismo: el otro día me riñó usted porque vino el señor Donoso y no estaba listo el brasero.

TORQUEM. Te reñí porque hacía frío; pero hoy sobra el fuego. (*Se quita la capa y el sombrero. Ruperta los toma. Torquemada coge un gorro que está encima de la mesa y se lo pone.*)

RUPERTA (*Tomando unas zapatillas que están debajo del brasero.*) ¿Sabe usted qué le digo? Que cualquiera que le oiga creerá que es un pobre de esos que piden en las iglesias; con la mitad de lo que usted tiene se llevarían más de cuatro una vida de duques. (*Empieza á quitar las botas á Torquemada.*)

TORQUEM. ¡Y tú qué sabes, grandísima deslenguada, si tengo ó no tengo? *Vele* contando eso á las *tarascas* de la vecindad y verás si algún día nos roban hasta la camisa...

RUPERTA *Pus* yo le digo que no sé *pa* qué quiere lo que tiene.

TORQUEM. ¡Cállate con mil demonios! Esto pasa por darle confianzas; en cuanto estáis años en una casa, no se os puede aguantar; ya dice un dicho viejo: «En casa de viudo, la criada es ama.»

RUPERTA Si viviese mi señora...

TORQUEM. Cállate ó te tiro una bota á la cabeza. (*Ruperta recoge las botas, capa y sombrero y sale.*)

refunfuñando puerta foro. Torquemada abre los cajones, saca papeles y los coloca sobre la mesa.)

ESCENA II

TORQUEMADA

¡Rediez, y qué *méteme en todo* es este mostrenco! Mè parece que la voy á poner en la calle más pronto que la vista. *(Se oye un campanillazo.)* ¡*Vales*, la campanilla; pronto empiezan hoy á *jeringar!... (Entra Ruperta puerta izquierda.)*

ESCENA III

TORQUEMADA, RUPERTA

RUPERTA — Juan el albañil y la Eufrasia, los vecinos de la casa dominguera.

TORQUEM. — ¿Qué querrán esos pelmas? ¡Pues de bonito humor estoy! Que entren, y pon el resbalón del timbre, que ya es hora de despacho. *(Sale Ruperta puerta izquierda y entran por la misma Juan y Eufrasia.)*

ESCENA IV

TORQUEMADA, JUAN, EUFRASIA

JUAN — ¡Buenas noches, Don Francisco!

TORQUEM. — Buenas noches.

EUFRASIA — Buenas noches, Don Paco.

TORQUEM. — Buenas noches, y basta de cumplidos; tengo que hacer.

JUAN — Pues... pues ya sabe usted...

TORQUEM. — *Interrumpiendo.* Sí, ya sé que me debes cinco semanas, setenta reales. ¿Vienes á pagar? Aquí están los recibos.

JUAN — Pues... pues no era eso; sabe usted que como no he *trabajao* en un mes... yo quisiera cumplir... pero...

TORQUEM. — ¿Sin trabajo, eh? Porque te dió la gana; no haber sido de la huelga, que se fastidien los holgazanes.

JUAN — Y como me ha dicho la portera que usted le ha dicho que me va á poner los trastos en la calle... pues yo vengo á decirle que ya hemos ido hoy á la obra, que tenga *pacencia*, que el mes que viene iré pagando poco á poco el atraso. ¡Hay que tener lástima de los pobres!

TORQUEM. — ¿Que tenga paciencia? Grandísimo... ¿Que tenga lástima? Mucho gritar ¡mueran los burgueses!, y luego venir á *jeringarme* pidiendo misericordia. ¡Si tengo más paciencia que el santo *Jol!* ¡Si para sacaros unos perros indecentes tengo que ir veinte veces cuarto por cuarto y subir y bajar más escalones... que estoy *reventao!* ¡Pues sí que es *descansao* el oficio de propietario con esta vecindad! Mira, para que veas que me hago cargo de las cosas, te dejaré ocho días; si no pagas, ya puedes buscar quien te guarde los trastos, en mi casa no quiero tramposos. *(A Eufrasia.)* Y tú, ¿qué quieres?

EUFRASIA — Pues quería que me pusieran...

TORQUEM. — *(A Juan, que se ha quedado dando vueltas á la gorra, sin saber qué decir ni cómo despedirse.)* Anda, puedes largarte. ¡Oye! Y otra vez no seas cochino y límpiate las patas antes de entrar. ¡Así no duran nada las alfombras!

JUAN — *(Dirigiéndose puerta izquierda.)* Buenas noches, Don Francisco. *(Aparte.)* ¡Miserable! ¡Así te lleven los demonios! *(Alto.)* Buenas noches, Eufrasia. *(Sale puerta izquierda.)*

EUFRASIA — Adiós, Juan, expresiones á Pepa. *(Aparte.)*

¡Tío sin entrañas! *(Eufrasia, en esta escena, comentará con gestos y actitudes el diálogo de Torquemada y Juan.)*

ESCENA V

TORQUEMADA, EUFRASIA

TORQUEM. Conque *alivia*. ¿Qué *gaita* es esa?

EUFRASIA Pues le decía que me pusiera *usté* piedra nueva en la hornilla, que allí no se *pué* guisar, y que tengo la sangre *quemá*, pues mi hombre ya me ha *dao* tres palizas porque el cocido *paecía* un rancho *crudo*. No se arruinará *usté* por eso.

TORQUEM. ¡Que ponga una piedra nueva! ¡Una piedra que cuesta seis pesetas! Pon un ladrillo viejo y arma el fuego encima.

EUFRASIA ¡Vaya unos modos! Pues yo pago al corriente, y de mí no tendrá *usté* que decir lo que de ese *(Señalando puerta izquierda.)*, que yo pago mis ochenta *riales* en buenos duros, que no son de plomo, ni sevillanos tampoco; y si *usté* no me pone la piedra, yo me voy de la casa. ¡Vaya una ganga! ¡Cuatro *durazos* por un cuarto que tenemos que andar a gatas y no podemos estirar las piernas sin tropezar con la pared de enfrente!

TORQUEM. Oye, ¿es que quieres un palacio por veinte pesetas? ¡Anda y pide habitación en la plaza Oriente y que te toquen la Marcha Real! ¡Vaya unos humos!

EUFRASIA No tengo *ganas de gresca*, y por eso no le digo una cosa que *me se* está *ocurriendo*. Ya sabe, si mañana no me arreglan el fogón, me *mudo* el primero de mes.

TORQUEM. Pues múdate con mil demonios, que no faltará quien quiera el cuarto. ¡Pues está buena

la propiedad en Madrid, que entre cédula, revoques, contribución y diablos coronados, no se saca el cochino interés que da el papel de la Deuda! *(Suena el timbre de la puerta.)*

EUFRASIA Pues lo dicho. ¡Parece mentira que sea *usté* tan *agarrao!* ¡Un hombre que tiene más duros que *el Róchil!*

TORQUEM. ¡Que todos os habéis de meter donde no os llaman!... Cuenta lo tuyo y déjame en paz. No tengo tiempo para oir sandeces ni descaros.

EUFRASIA *(Dirigiéndose puerta izquierda.)* ¡Abur, *puñonrostro;* guarde las pesetas, que de *toos modos* ya se le comerán los gusanos y no faltará algún sinvergüenza que se ría con sus cuartos, después de muerto! *(Aparte.)* Tío ansioso, así le roben hasta el aliento. *(Al salir, tropieza con Isidora, que entra. A Isidora.)* Pase *usté*, señora, y si viene á pedir algo, está *usté* fresca. *(Hace un gesto apretando los puños y sale puerta izquierda.)*

TORQUEM. *(Mirando papeles.)* ¡Vaya con la chulona, descaradota: todos son iguales.

ESCENA VI

TORQUEMADA, ISIDORA

ISIDORA *(En el dintel puerta izquierda.)* ¿Se puede pasar?

TORQUEM. Adelante quien sea.

ISIDORA Felices, señor de Torquemada. ¿Está usted ocupado? Sentiría molestarle.

TORQUEM. Muy felices las tenga, Isidorita; esa cara es la primera simpática que veo esta noche. Me encienden la sangre, todos con exigencias ó pidiendo con muchas *lástimas*, y luego los ingratones le pagan á uno con calumnias indecentes.

ISIDORA Llego en mal momento, señor Don Francisco, pues yo también tenía que pedirle algo y no le veo muy bien dispuesto.

TORQUEM. Con usted no va lo que he dicho; no se parece á esas mujercillas que no tienen educación; es una señora decente que ha venido *á menos* y tiene todo el *aquel* de persona fina que se ve en calamidad; pero ya ve, los tiempos están muy malos, el dinero anda por las nubes.

ISIDORA Si usted quiere, puede ayudarnos. Hágase cargo de nuestra situación: Martín, el pobrecito, enfermo, sin un céntimo para medicinas, alimentos, ropa... Ya sé que le debemos á usted...

TORQUEM. ¡Quinientas pesetas!

ISIDORA Es verdad; pero tenemos fiador. Oiga usted ahora: A Martín le quedan todavía estos paisajes. *(Saca dos cuadros que trae debajo del abrigo.)* Mire usted, el de la Sierra de Guadarrama, ¡precioso!, y este otro, el último que pintó en Miraflores. ¡Qué alegría, qué luz!... Y no son de un cualquiera: ¡ha tenido dos terceras medallas! ¡Por Dios, Don Francisco, deme usted cuarenta duros!

TORQUEM. ¡Doscientas pesetas!

ISIDORA Sí, lo preciso... Yo, para salir de casa, he tenido que pedir *(Señalándose)* á una vecina estos pingos. *(Señalando el retrato del niño.)* Hágalo por el recuerdo de su niño, aquel prodigio á quien tanto quería.

TORQUEM. *(Conmovido por el recuerdo de su hijo.)* ¡Valentinico, mi alegría; sí, era mi única alegría. Cuando le mientan, vamos... casi... *(Reponiéndose.)* Pero ¡doscientas pesetas por esas telas!... A ver, á ver. *(Tomando los cuadros y examinándolos alternativamente.)* No está mal ese burro, y las cabras están *mú* pro-

pias. ¡y que yo entiendo de eso! ¡Algunas cabras he guardado yo en mi pueblo hace cuarenta años!... ¡Vaya, vaya, le daré treinta duros, y eso... haciendo un sacrificio, ¡caracoles!, que por treinta duros se pueden comprar un burro y dos cabras de carne! ¡Ah! ¿Están firmados?

ISIDORA — Sí, Don Francisco, los dos.

TORQUEM. — Ya sabe usted; la gente, lo primero que mira, es la firma. ¡Lo que son las cosas! Ahora me costará Dios y ayuda colocar los cuadros; en cambio, si Martín se hubiese muerto, valdrían el doble.

ISIDORA — *(Aparte.)* ¡Qué bárbaro! *(Alto.)* Sí que es cierto, pero...

TORQUEM. — Conozco el público; cuando un pintor está vivo, se revienta y nadie le hace caso; y en *cuantico* se muere de miseria y fatiga, le llaman el *mal-logrado* genio y los señores se disputan las telas...

ISIDORA — *(Con acento mimoso.)* Usted me hará el favor... los cuarenta duros...

TORQUEM. — Para que vea que soy complaciente, haremos un arreglo: ustedes me deben ya quinientas pesetas.

ISIDORA — Sin contar los intereses.

TORQUEM. — Eso es, sin contarlos. ¡Bueno! Pues yo le daré mañana las doscientas que desea por los cuadros y añadiremos cincuenta más al pagaré. ¿Qué tal? ¡Me parece que no soy exigente! *(Suena el timbre de la puerta.)*

ISIDORA — Como usted quiera; la cuestión es salir de apuros.

TORQUEM. — Hago esto para probarle que... *(Se entreabre puerta izquierda.)*

DONOSO — *(Dentro.)* ¿Se puede?

TORQUEM. — *(Levantándose apresuradamente.)* ¡Pase, pase, Don José! *(Entra Donoso puerta izquierda.)*

ESCENA VII

TORQUEMADA, ISIDORA, DONOSO

DONOSO — Como ve usted, soy puntual; le dije que hoy traería la respuesta.

TORQUEM. — Siéntese, mi querido amigo, *soy con usted en el acto. (A Isidora.)* Pues le decía que hago esto para probarle que no tengo el corazón de peña, que dicen por ahí las malas lenguas, para que todos sepan *(Alzando la voz y mirando de reojo á Donoso)* que Francisco Torquemada es el padre de los pobres cuando llega el caso. *(Mientras habla Torquemada mira Donoso los paisajes.)*

ISIDORA — Adiós, Don Francisco. ¡Dios se lo pague! *(Aparte.)* ¡Del lobo, un pelo!

TORQUEM. — ¡Adiós, hija mía! Que se alivie Martín. *(Sale Isidora puerta izquierda.)*

ESCENA VIII

TORQUEMADA, DONOSO, RUPERTA (cuando se indica)

DONOSO — *(Mirando los cuadros.)* Estos paisajes son preciosos. Veo que toma usted afición á las cosas artísticas.

TORQUEM. — Sí, sí, voy tomando; y dígame, ¿qué hay de los Gravelinas?

DONOSO — Usted como siempre, *al grano.* ¿Eh? Aceptan las condiciones, pero con el diez por ciento anual; es hipoteca de lo mejor. Yo, en nombre de usted, me he comprometido.

TORQUEM. — Crea, señor Donoso, que sólo *entro* por tratarse de amigos de usted; mi dinero lo sé yo colocar mucho mejor.

DONOSO — Sí, pero este negocio le proporcionará otros

de altura, adquirirá relaciones importantes y más decorosas. Cuando se tiene fortuna, hay que cambiar de costumbres. *(Mirando alrededor.)* ¿No le da vergüenza vivir en este tugurio? ¿No comprende que hasta crédito pierde habitando en casa tan miserable? Dirá la gente que es un avaro de mal pelaje, como los que se estilan en las comedias. Piénselo y múdese al cuarto principal de su casa de la calle del Prado.

TORQUEM. ¡Rábano! ¡El principal que me renta cuatro mil pesetas, diez y seis mil reales! ¡Qué disparate! ¡Veinte habitaciones! ¿Qué hago yo en aquel palaciote, solo, sin necesidades? ¡Yo que viviría tan á gusto en un cajón de vigilante de consumos!

DONOSO Siga mi consejo y no le pesará. «Dime cómo vives y te diré en lo que te estimas.» Este refrán no lo citó nunca Sancho Panza, pero es una *verdad como un templo.* Usted tiene confianza en mí por cierta compenetración de los caracteres. Vemos lo mismo; usted desde abajo, yo desde arriba, y supongo que creerá leal y sincero lo que me he permitido manifestarle.

TORQUEM. Cierto; creo en eso que usted dice de la *compe-netranza*, digo, compenetración de los *caracteres* de *ambos á dos.*

DONOSO Bueno, pues no insisto más. Dígame, ¿cómo no ha ido las dos últimas noches á nuestra tertulia de casa de Aguila?

TORQUEM. Tengo mucho trabajo; ya se abrió el abono del Real; en este mes, y al empezar el veraneo, hago buenos negocios. Hay quien se empeña hasta las *narices* por la bambolla. ¿Cómo va el pleito de esas señoritas?

DONOSO Todo empantanado, los detalles serían largos de contar; abreviando, he consumido, en ob-

sequio de mis buenos amigos, toda mi actividad, relaciones y corto peculio; no me pesa, pues tanto ellas como su infeliz hermano, ciego, merecen que se haga toda clase de sacrificios. Ya no poseen renta alguna; el último título de la Deuda que les quedaba se lo van comiendo poco á poco, contando los céntimos por centésimas partes; eso sí, Cruz ha hecho milagros; pero voy temiendo que esa ilustre familia no podrá resistir...

TORQUEM. Pues sí, señor. *¡Ñales y reñales!* Las señoritas ganarán el pleito.

DONOSO Tal creo, si tuviesen medios.

TORQUEM. Los tendrán; aquí estoy yo para eso. ¿Qué hace falta? ¿Un abogado de los gordos, que haya sido ministro y pueda volver á serlo? Pues á él. ¿Recomendaciones, empeños, influencias? Pues á buscarlos. ¡Bueno fuera que lo perdiesen por no tener quien adelante unas *cochinas* pesetas! ¡Me *paso por las narices* á las partes contrarias!

DONOSO ¡Yo le conozco á usted! Para que hable con ese entusiasmo y llame *cochinas* á sus entrañables amigas las pesetas, es menester que cruce por su ánimo algo más interesante que el amor á la justicia. Desde que le hablé de un delicado asunto, ya sabe, de la conveniencia de volver á casarse, la idea ha labrado en usted. ¿Verdad que no ha dejado de pensar en ella?

TORQUEM. Certísimo; he cavilado mucho, *partiendo del principio* de que no faltaría quien me quisiera por mi *trigo*, quiero decir por mi capital.

DONOSO No sea modesto. Está usted hecho un mocetón; la vida sobria y activa que ha llevado, le hace valer más que la juventud encanijada que anda por ahí.

TORQUEM. A robustez me ganarán pocos! *Tengo para*

mí que no carecería de *facultades* ni haría *mal papel* en *segundas nuncias*, aunque me encuentro muy bien en el *elemento viudo*. Pero venga *acá*, Don José, ¿qué mujercita de fino mérito y apetitosa, *¡ñales!*, porque si no es apetitosa no vale la pena; *repito*, ¿qué mujer de esas va á quererme á los cincuenta años y con esta facha? ¡Digo, mi facha no es tan mala; otras hay peores!...

DONOSO ¡Digo si las hay! Usted necesita el calor de una familia, y su buen ojo le ha guiado para elegir esposa, ¿verdad?

TORQUEM. ¿Es usted *adivino?* Porque yo no he dado á entender la más *ínfima* palabra.

DONOSO No soy adivino, pero he reparado en sus constantes visitas á las señoritas de Aguila, en los pequeños obsequios que acompañan á las visitas, en que afina el lenguaje, en que no hace tanto alarde de desprecio á las conveniencias sociales cuando nos vemos en aquella casa, y yo creo que usted se ha fijado en la noble familia de Aguila, tan noble como desgraciada, pero teme la diferencia de clases, de educación. Todo eso es música en los tiempos que corren. ¿Se figura que le rechazarían?

TORQUEM. Sí, señor, y *este cura*, aunque de *cepa popular*, pues ha sido pastor y no está fuerte en *modales finísticos*, porque no ha tenido tiempo de aprenderlos, digo que *este cura* no quiere que le desprecien.

DONOSO Amigo Don Francisco, me voy á permitir proponerle una cosa.

TORQUEM. ¿Qué cosa?

DONOSO ¿Quiere usted poner el asunto en mis manos? ¿Me quiere nombrar embajador? Será como en las bodas reales, por la vía diplomática.

TORQUEM. ¡Mejor embajador ó diplomático no podría

encontrar! Desde que le conocí en casa de esas señoritas, le he tomado por modelo. Soy franco: el día en que me parezca á usted, estaré contento. *¡Valès!* ¡Cómo lleva usted la ropa! ¡Esa levita *herméticamente cerrada!* ¡Esa *fachenda* de hombre fino! ¡Esa conversación escogida, tiene palabras para todo! Si no me deja bien, es que no hay nadie capaz de hacerlo.

DONOSO ¡Pare usted el bombo! Yo soy un modesto director de Hacienda, jubilado, con un poco de mundo y... nada más. Creo que sabré dejar á salvo la dignidad de todos, lo mismo en el caso de aceptación que en el de repulsa. *(Suena un campanillazo.)*

TORQUEM. *(Aparte.)* Algún recado: *(Alto.)* ¡Pues qué duda tiene! Y quedando *en salvo la dinidad* de todos, si viene la *peripecia de las calabazas*, haré de *tripas* corazón.

DONOSO Pues no hablemos más; en mis manos queda.

TORQUEM. Dios ponga tiento en sus manos y le acompañe en la vía *dirplomática. (Entra Ruperta puerta izquierda.)*

RUPERTA El prendero de abajo, que si le convienen unos tapices que *tiene para correrlos*, que baje á verlos *de seguida!*

TORQUEM. ¡Espera, demonio, que estoy ocupado!

DONOSO Le dejo, amigo Torquemada; usted tiene que hacer y yo también.

TORQUEM. Hasta luego. *(A Ruperta.)* Dile que voy. *(Sale Ruperta puerta izquierda.)*

DONOSO Abur; todo saldrá bien. *(Sale Donoso puerta izquierda. Torquemada le acompaña y vuelve inmediatamente.)*

ESCENA IX

TORQUEMADA, RUPERTA (cuando se indica)

(Torquemada se sienta y recoge papeles con aire preocupado; de pronto da un puñetazo sobre la mesa.) ¡Ñales y reñales! ¡Esta *tarasca* de criada me ha *reventao* con los *jeringados* tapices! Se va Don José sin que hablemos de lo más importante. Dice que ya he escogido *cónyugue*, pero no ha dicho cuál... Ha estado hablando todo el rato de las señoritas; las señoritas de Aguila por arriba, las señoritas por abajo... ¿Si querrá casarme con las dos? ¡Estoy chiflado! ¡No sé lo que *me digo!* ¡Anda, y ahora que lo pienso: creerá que es la mayor, Cruz; pues no, señor, *¡ñales!*, que es la otra! *(Guarda rápidamente todo en los cajones, tira el gorro y se quita las zapatillas.)* ¡Ruperta! ¡Ruperta! ¡Arrastrada! *(Entra Ruperta puerta izquierda.)* ¡Las botas, mi capa, el sombrero! *(Sale Ruperta corriendo puerta foro.)* Si no le alcanzo, creo que vamos á meter la pata! *(Telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gabinete en casa de Aguila.—Balcón derecha.—Puerta foro derecha y puerta izquierda.—Mobiliario heterogéneo, correspondiente á distinta clase de habitaciones, deslucido.—Cortinas descoloridas con escudos borrosos.—Mesa con tapete, mesita costurero y sobre ella una cajita con yemas en dulce.—Brasero pequeño, dorado, de copa.

ESCENA PRIMERA

CRUZ, FIDELA

(Al levantarse el telón, Cruz limpia la falleba del balcón y Fidela cose)

FIDELA — Te veo, me miro, y me parece un sueño.

CRUZ — ¿Por qué lo dices? ¡Ah, sí! De chicas, alguna vez jugábamos á las criadas, doncella primera y segunda...

FIDELA — Y hoy hacemos de criadas y jugamos á seguir siendo señoritas. ¿Te acuerdas cuando los amigos te llamaban la *merveilleuse Croissette* por la estúpida costumbre de decirlo todo en francés?

CRUZ — ¡Si me acuerdo! ¡Tengo buena memoria! Y tú, ¿recuerdas aquella crónica imbécil de salones en que decía un periodista cursi: «Allí — en un baile de casa — reinaba Fidela Aguila, tan encantadora y vaporosa que, al verla, cuesta trabajo convencerse de que no

está fabricada con substancias sutiles, como los ángeles, que nunca posan sus pies en la tierra»?

FIDELA — El cronista firmaba «Narciso». ¿Le recuerdas? Un picado de viruelas, ¡más feo!...

CRUZ — Y ahora la ideal *Croissette* tiene que limpiar dorados con los guantes viejos.

FIDELA — Y la encantadora Fidela gasta unas botas que desechó su hermano *(Enseña los pies)*, porque no tiene diez pesetas disponibles para zapatillas de invierno. No hay mal que por bien no venga; entonces sólo sabía estropear música genial en un piano magnífico, y ahora puedo abrir cátedra de zurcidos.

CRUZ — ¿Y todas nuestras pretensiones? La divina *Croissette*, la que despreció partidos ventajosísimos, ya no puede contarse las canas, ¡son demasiadas!, y es solterona por derecho propio.

FIDELA — Olvidemos recuerdos felices, aquello pasó para no volver.

CRUZ — Para mí, sí; para ti... ¡quién sabe!

FIDELA — *(Tomando un dulce de la cajita que está sobre el costurero.)* ¿Quieres una yema?

CRUZ — Gracias, hermanita, ya sabes que no soy aficionada.

FIDELA — *(Comiendo el dulce.)* Pues yo sí, lo confieso, soy muy golosa; me gustan los pequeños recreos de la vida y padezco no teniéndolos. He podido soportar á Don Francisco, gracias á los dulces que acompañan á sus visitas. Anoche se olvidó de darnos la cajita al llegar, y créeme, estuve sufriendo; dos veces me dieron ganas de decirle: pero ¿y las yemas, amigo Torquemada?

CRUZ — Sufres, pero te resignas fácilmente. Tú no has cambiado, de niña aceptabas la riqueza sin entusiasmo; eres mujer y te acomodas á las

privaciones de todas clases, sin protestar muy fuerte.

FIDELA — Es cierto; pero las pequeñas privaciones de la vida diaria me atormentan más que la preocupación social de nuestro *descendimiento*. Tú piensas en el pasado: desearías recuperar nuestra brillante posición por la sociedad, por volver á nuestro antiguo rango; yo echo de menos las comodidades, siento el horrible frío estos días en que no podemos encender más que un miserable braserillo; siento la falta de mis *toilettes* elegantes, de las golosinas que constituyen mi delicia; noto la ausencia de amigas con quienes murmurar un rato de cosas y personas; mis noches del Real, las horas de paseo en carruaje... Comprendo que soy muy *materialista*, como diría Torquemada.

CRUZ — No eres *materialista*, burlona, has sido la niña mimada, otros pensaron por ti; las preocupaciones graves no las conociste; sientes la pérdida de lo que apreciabas de modo inmediato, y es natural que así sea.

FIDELA — Es verdad; después de morir nuestro padre, muchas noches te quedabas silenciosa, y yo te preguntaba: «¿Qué haces, Cruz?» Tú me respondías: «*Pensar.*» Y como eras reflexiva, yo decía: «Esta piensa mucho», y te dejaba pensar *por las dos*; el porvenir me preocupaba *poco*.

CRUZ — Y *hace poco*, el presente te dió un mal rato en el comedor, es decir, en el sitio donde debíamos comer, porque en realidad no comemos.

FIDELA — ¡Mal rato he pasado! Es cierto.

CRUZ — La mejor actriz no podría desempeñar su papel como tú lo haces. Cuando golpeabas la cáscara de huevo contra la copa y movías des-

pués la cucharilla, la ilusión era completa; no mirando, hubiese creído que tomabas un huevo pasado por agua. ¡Pobre Rafael! ¡Qué engañado vive!

FIDELA ¡Si supiera que al sentarnos á la mesa es el único que come algo de substancia! ¡Si sospechara que unas verduras y pan han constituído hoy el *menú* exquisito para nosotras!

CRUZ Nuestro hermano es quien menos ha sufrido; su ceguera, horrible desgracia para todos, ha sido un consuelo para Rafael; se cree pobre, pero no imagina la extensión de su pobreza.

FIDELA ¿Hasta cuándo podremos resistir?

CRUZ Estamos en el límite; puedo responder que viviremos hoy... esta semana... después... no sé.

FIDELA ¡Tú, que siempre nos sacaste adelante, desmayas!

CRUZ No desmayo, pienso, Fidela; sigo pensando como en otros tiempos; la casualidad, Providencia ó como quieras llamarlo, viene á nuestra casa, y ahora es cuando necesito tu indispensable ayuda.

FIDELA ¿Mi ayuda? ¿Qué es ello?

CRUZ Es una esperanza cierta de que termine este batallar contra la desgracia. *(Se oyen pasos. Cruz se pone un dedo sobre los labios.)* ¡Chist! Rafael viene; después hablaremos. *(Entra Rafael puerta izquierda.)*

ESCENA II

CRUZ, FIDELA, RAFAEL

RAFAEL Hermanitas, venía para hacer una pregunta, pero me obligáis á que sean dos.

FIDELA Empieza, *somos todas oídos.*

CRUZ Rafael del Aguila tiene la palabra.

RAFAEL — Primera pregunta: ¿Dónde está el libro con letras de relieve que me trajo Morentín? La física elemental para niños ciegos. Quería hojearle y no le encuentro.

FIDELA — En el cajón de tu mesa de noche. Respuesta satisfactoria.

RAFAEL — Quedo enterado. Segunda pregunta: ¿Por qué habéis suspendido la conversación al oir que llegaba?

CRUZ — Te pasas de listo; me recuerdas un personaje del gran Valera; el exceso de listeza perjudica.

FIDELA — ¡Sí que el asunto era misterioso! Decía yo á Cruz que estas yemas estaban riquísimas. ¿Quieres?

RAFAEL — ¿Los dulces del prestamista? Gracias; me sabrían amargos.

CRUZ — Hace tiempo, observo tu creciente aversión hacia D. Francisco.

RAFAEL — Me resulta odioso; mi fiel amigo Morentín me ha dicho que Serranito le ha contado cosas tremendas: que es un verdugo del desgraciado, usurero sin entrañas, mala persona...

FIDELA — ¡Jesús! ¡Qué atrocidad! *Siempre se exagera;* él es un hombre ordinario en su traje, modales y conversación; pero con nosotras ha sido muy atento, y si te fijas verás que progresa; desde que vino á vernos, para cumplir encargos de nuestra buena amiga doña Lupe, hasta hoy, ha cambiado bastante.

CRUZ — Serranito es embustero de profesión. Ya ves, cuando no encuentra víctima á mano la emprende consigo mismo, echándoselas de hombre sensible y desinteresado, y de sobra sabes que se calumnia.

FIDELA — Ya conocemos á Serranito.

CRUZ — Le llaman el Rey de las víboras.

RAFAEL — Queréis distraerme llevando la conversación por otro camino, pero yo seguiré con mi tema. Ayer hablabas tú, Cruz, con Donoso; cuando yo entré callásteis inmediatamente; ahora, hace un instante, se ha repetido lo mismo: ¿qué me ocultáis?

FIDELA — Nada absolutamente.

CRUZ — Absolutamente nada.

RAFAEL — Pues yo digo que algo pasa; lo conozco, lo adivino.

CRUZ — Enséñanos el procedimiento adivinatorio.

RAFAEL — Lo siento, no sé explicar; en la voz de Cruz; no me lo niegues.

CRUZ — Pues hijo, sabes más que nosotras.

RAFAEL — *(Con resignación.)* ¡Ya lo sabré! ¡Paciencia! ¿Vendrá Donoso?

CRUZ — Sí; dijo anoche que vendría esta tarde con Don Francisco, para saber cómo seguías de tu neuralgia.

RAFAEL — Cada vez que os oigo llamar Don Francisco á ese *tío*, mis nervios protestan.

CRUZ — ¿Otra vez?

RAFAEL — Otra vez y siempre. Va tomando una confianza en la casa, que me contraría, sobre todo por la amabilidad vuestra.

CRUZ — ¿Quieres que pongamos en la calle á un hombre que tan desinteresadamente se ofrece á ayudarnos en nuestro pleito; que tan buenas relaciones tiene con la gente de curia? Se conduce como verdadero amigo.

RAFAEL — Hay amistades que no valen lo que cuestan. En cambio me amarga la tertulia íntima todas las noches. Al principio me hacían gracia sus necedades, pero ahora me fastidian. Ya, ya veo que le defiendes. ¡Como siempre te llama *admirable Crucita!*

FIDELA — A mí también me llama *preciosa señorita*

diez ó doce veces por noche, y sin embargo, no le defiendo por eso, pero debo decir en honor á la verdad, que se hace simpático á fuerza de dulces.

RAFAEL — Por un *marrón glacé* ó por un bombón italiano, perdonarías á tu mayor enemigo, mimosa. ¡Si yo contara por ahí que te divierles como una criatura de tres años!, ¿qué diría la gente?

FIDELA — La gente me importa muy poco.

RAFAEL — Pues á mí menos; ahora, lo que me importa, es distraerme un rato. *(Riéndose á carcajadas.)* ¡Quién iba á decirme que el núm. 1 de la escuela de ingenieros industriales pasaría una tarde leyendo... con los dedos ese librito infantil! Ja, ja, ja; sí que tiene gracia. *(Se dirige á la puerta izquierda.)* ¡Ah!, cuando venga Donoso, haz el favor de llamarme, Fidelita. Y conste que hay gato encerrado.

CRUZ — Tú sí que eres un gatito mimoso, que sacas las uñas cuando te contrarían.

RAFAEL — Bueno, bueno, ya se verá quién tiene razón. *(Sale y cierra la puerta izquierda.)*

ESCENA III

CRUZ, FIDELA

CRUZ — *(Abriendo la puerta izquierda.)* Siéntate aquí y podremos observar si vuelve; está receloso.

FIDELA — Esas carcajadas, esos cambios de tono me inquietan, Cruz.

CRUZ — A mí también; la enfermedad nerviosa, originada por su ceguera, progresa rápidamente; no pierdo las esperanzas; hoy los cirujanos hacen maravillas. Si pudiéramos, Fidelita... pero en fin... todo se andará. Hablemos ahora de lo más urgente.

FIDELA Explícate, tengo una curiosidad grandísima.

CRUZ Hermanita mía, no puedo más. Me han rendido estos años de lucha diaria, atendiendo á todo, inventando triquiñuelas para ganar una semana, días, horas; disimulando la angustia para que tú y Rafael no perdierais el ánimo. Yo ya he cumplido, á ti te corresponde continuar mi obra; joven, briosa, con ilusiones todavía. Me has obedecido ciegamente, tuviste fe en mí; ¿la seguirás teniendo?

FIDELA ¿Lo dudas? Has sido nuestra madre, nuestra guía, nuestro amparo en las amarguras terribles, en esta escasez rayana en la miseria. Te obedecí siempre; ¿qué es preciso hacer? Sea lo que fuere, tú mandas.

CRUZ Hemos agotado los últimos recursos, en adelante no será la miseria encubierta, pudibunda, sino la descarada, la andrajosa, y cuando todo se pierde, la Providencia nos envía una solución al conflicto. ¿No te has fijado en la asiduidad, las atenciones, las continuas visitas de Torquemada? Don Francisco pide tu mano; cásate con él y estamos salvados.

FIDELA Yo... pero yo...

CRUZ Tú; no hay otro remedio. *(Pausa.)* ¿Vacilas? ¿No te atreves?

FIDELA Te debemos todo; sin ti, ya habríamos perecido, nos infundiste alientos, has hecho el milagro de que vivamos con relativo decoro, hemos creído en ti como se cree en Dios; desde la terrible muerte de nuestro padre y la pérdida de nuestra fortuna, has sido el jefe de la familia, pues Rafael, por su estado, no podía cumplir ese deber; cuando tú dices que no hay otra solución, es que no existe; dudar de ti sería ofenderte.

CRUZ *(Abrazándola.)* Fidela, monina, gracias con

toda mi alma. Tenía miedo; si hubieras mostrado repugnancia, yo tampoco habría tenido valor para exigirle el sacrificio. Tú eres observadora. ¿Nada te habías figurado?

FIDELA Hace unos días empecé á sospechar; se me ocurrió que existían planes, pero creí... creí que serías tú.

CRUZ Al menos, en esta ocasión ha revelado buen gusto. En el fondo es un pobre hombre. Por su afán de encasillarse en lugar más alto, se asimila todas las ideas que le voy echando como se echa pan á los peces del estanque, en migajas, para que pueda digerir. Está ávido de pensamientos nuevos, de modales finos... Es un diamante en bruto, yo le puliré y verás sus luces.

FIDELA *(Pensativa.)* Es verdad, es una solución, no veo otra. Te lo confieso, yo soportaba nuestra triste vida confiando en ti, pero se me iban agotando las fuerzas. El trance matrimonial será amargo..., pero después, se acabó la miseria, el hambre, la tristeza infinita de esta cárcel, podré vestir decentemente, salir á la calle sin morirme de vergüenza, y, sobre todo, soltar este remo de galera, no contar los garbanzos como si fueran perlas... ¿Es bufo, verdad?... En fin, seremos algo de lo que fuímos. Hemos sufrido tanto, que el dejar de sufrir parece un sueño.

CRUZ Amarga es la medicina, pero en esta fiera lucha, cuando hay que hacer algo, se hace; yo he dado el ejemplo. No te llevas un galán por marido; cierto es que se enriqueció con la espantosa usura y lleva sobre sí el menosprecio y odio de muchas víctimas, pero somos náufragos de la vida, y cuando vemos una isla donde arribar, qué hemos de hacer sino plantarnos en ella y dar gracias á Dios.

¿Vamos á discutir si la isla es bonita ó fea? ¿Si tiene pájaros hermosos ó alimañas repugnantes?; por el momento es tierra firme. ¡Valor! *(Fidela suspira.* No hay que apurarse. Don Francisco es hombre de extracción villana, pero los deseos que tiene de aseñorarse lograrán volverle del revés. Rascando en aquella corteza se encuentra un carácter, sensibilidad, juicio claro... ¿Haces pucheros?

FIDELA *(Sonriendo forzadamente.)* Tomo la medicina como los niños buenos, que lloran un poco al tragar los *potingues.* Aunque el sacrificio fuera mayor lo haría. ¡Quién sabe si luego la isla será menos desagradable de lo que parece!

CRUZ ¡Cuántas se casaron creyendo que iban á ser muy felices, figurandose que arribaban á una isla preciosa y luego resultaron los maridos unos groseros, sinvergüenzas! Vamos, peñascos duros con bestias feroces.

FIDELA Tienes razón, sobre todo cuando no se carece de lo necesario, con buena voluntad, puede tolerarse la falta de otras cualidades.

CRUZ No olvides, Fidelita; el problema de la vida es vivir; la solución es difícil muchas veces...

FIDELA ¡Vivir! Eso es... pues bien, Crucita, si de mí depende, viviremos, y viviremos bien. *(Se abrazan. Cuando están abrazadas suenan dos golpes de timbre y un repique.)*

CRUZ Dos y repique... Este es Donoso. Vete al cuarto de Rafael y entreténle hasta que yo avise. *(Sale Cruz puerta foro.)*

FIDELA *(Recoge los útiles de costura.)* ¿Y Rafael, que no sabe nada? Esto es lo más grave. *(Sale Fidela puerta izquierda, y entran Cruz y Donoso puerta foro.)*

ESCENA IV

CRUZ, DONOSO

DONOSO ¿Y ese humor cómo va?

CRUZ Como siempre. Le esperaba con impaciencia.

DONOSO Pensé venir más temprano, pero me entretuve charlando en casa de Torquemada; dentro de un rato vendrá; fingí un pretexto para adelantarme.

CRUZ ¿Le dijo usted?

DONOSO He prometido que Fidela contestaría sí ó no en esta semana.

CRUZ Vacilé mucho, pero hoy me decidí; hemos hablado; consiente. Un momento penoso de verdad.

DONOSO El remedio es un poco amargo, pero hay cualidades. Torquemada es un ejemplar curioso. Esa lucha entre su avaricia, instintos groseros y el deseo de elevarse, de parecerse á la clase social en que desea entrar, es muy interesante. Ya lo habrás notado.

CRUZ ¡Si lo he notado! *(Riéndose.)* Rafael le llama el fonógrafo descompuesto de Donoso. Todas las frases de usted las repite, claro es que maltratándolas. Anoche dijo, *bajo el punto de vista*, *bajo la base*, *partiendo del principio y el medio social educativo* más de diez veces.

DONOSO Me ha prometido dejar los negocios mezquinos que tan mala fama le crean. Se mudará de casa, y asómbrate, ya no le viste el sastre de portal. Me confesó que tus chistes, en materia de ropa, le habían decidido. Te profesa un respeto que casi me parece miedo. Harás de él lo que quieras.

CRUZ Veo claro que nuestra situación será un poco ridícula. Pero, ¿qué debemos nosotros á la

sociedad? Desaires y humillaciones. Los mismos que nos critiquen, le dirán: «Beso á usted la mano»; la mano con que firme los cheques, por si algo se les pega.

DONOSO Seguro. Es de la madera de los archimillonarios; vosotras seréis lo que fuisteis, y quienes os abandonaron en la pobreza, se disputarán la entrada en vuestra casa cuando os vean en automóvil y se enteren de la cuenta corriente de Don Francisco. ¿Y Rafael, qué dice?

CRUZ No sabe nada, luego le hablará Fidela; la Benjamina es su favorita, su mayor cariño; por eso temo.

DONOSO Veo á Rafael pensativo; hace noches que se escuda en su neuralgia como en un muro.

CRUZ Ya sabe usted que Torquemada le es terriblemente antipático; cuando sepa mi hermano que ese hombre quiere llevarse á su Fidelita, pondrá el grito en el cielo.

DONOSO Ya le convenceremos; á mí me escucha; no puede olvidar que fuí el amigo de vuestro padre en los días críticos.

CRUZ Usted fué el único amigo completo en las horas tristes. Cuando los malos negocios, los terremotos de California, la incuria de los administradores y los gastos excesivos se juntaron para nuestra ruina, usted trabajó, empeñó su propio crédito, su palabra, y logró liquidar, salvando la dignidad del nombre. Esto no podemos olvidarlo.

DONOSO Déjate de recuerdos tristes; ya me indicarás el momento de hablar á Rafael.

CRUZ Graciás, amigo Donoso; pero no prolonguemos la conversación. *(Sale puerta izquierda, dentro.)* ¡Rafael!, ha venido Don José y quiere verte. *(En el dintel puerta izquierda y mirando, alternativamente, á Donoso y al inte-*

rior.) Dije á Fidela que le entretuviese unos minutos, está muy inquieto, sospecha; antes nos dijo que aquí pasa algo que él no puede ver, que lo presiente, que lo asegura.

DONOSO Su padecimiento se exacerba por días y...

CRUZ *(Hace un gesto para que calle Donoso y marca las frases siguientes para que Rafael comprenda el objeto de la conversación.)* Pues está mejor, Don José, la noche ha sido muy tranquila. Tenía deseos de ver á usted. *(Entra Rafael puerta izquierda.)*

ESCENA V

CRUZ, DONOSO, RAFAEL

RAFAEL Buenas tardes, espejo de amigos.

DONOSO Hola, Rafaelito. ¿Cómo va esa neuralgia?

RAFAEL La noche, bien; el día de hoy... así, así... no me puedo quejar. ¿Y Justa?

DONOSO Justa, mal siempre. Mi pobrecita hermana cree poseer todas las enfermedades y sólo padece una, la peor de todas: ochenta y tres años.

CRUZ Dé usted á Justa un abrazo en nuestro nombre; mañana iré á verla *(Levantándose)* y dispénseme ahora... ya sabe que somos nuestras propias criadas. ¿Usted será tan amable que acompañe un ratito á mi hermano?

DONOSO Con mucho gusto; anda, anda.
(Sale Cruz puerta izquierda.)

ESCENA VI

DONOSO, RAFAEL

RAFAEL ¿Qué hay de nuevo?

DONOSO Nada, hijo, sosería por todas partes; ni cri-

sis, ni sesiones de Cortes, ni estrenos, en fin, nada que divierta. A Morentín acabo de ver. ¿Viene por aquí?

RAFAEL Sí, me acompaña algunos ratos; en otro tiempo éramos inseparables, pero no soy exigente; los que tenían más obligación, vienen menos. Zárate, por ejemplo, aparece cada tres meses.

DONOSO ¿Aquel huérfano á quien tu padre costeó la carrera?

RAFAEL El mismo. Me entretiene, es una enciclopedia barata; el Larousse ambulante, nunca tuvo talento, pero sí una memoria prodigiosa, ¡y claro!, posee todo el talento de los demás.

DONOSO Esos hombres son muy útiles, ahorran muchas horas de biblioteca.

RAFAEL Estoy deseando que coincidan de visita él y Torquemada el bruto. Será una escena deliciosa; tendrá chiste el ansia del tío Paco queriendo pescar ideas finas cuando suelte Zárate el torrente palabrero.

DONOSO Tienes manía á Torquemada. No es bruto, ni mucho menos.

RAFAEL Ya lo sé, le digo bruto para abreviar; debía decir grosero, de gramática parda, villanesco, ignorante de toda idea noble, mezquino...

DONOSO Basta, Rafael, no tienes razón. Torquemada posee la educación propia del ambiente en que ha vivido; cambia la decoración y verás cambiar al hombre. Es metal fino envuelto en escoria despreciable.

RAFAEL ¿Conoce usted un refrán? *Genio y figura...*

DONOSO No generalices ni me digas refranes, sé mil de memoria; hay para todos los gustos, como las sentencias de los Tribunales. En cada pleito citan los abogados veinte resoluciones contradictorias sobre el mismo tema. Torquemada, desde que frecuenta esta casa, desde

que se ha prendado de vosotros, así como suena, *prendado*, va siendo otro hombre.

RAFAEL Sí, ya va adquiriendo cierto parecido con las personas; no escupe en el pañuelo, no dice *diferiencias* ni *mismamente;* ya no se rasca las pantorrillas, que yo, al oirlo, sentía un asco...

DONOSO Se civiliza, hay que reconocerlo; unas manos inteligentes harían con él milagros.

RAFAEL No sueñe usted; todo lo más, logrará ponerse una capa de barniz; pero en cuanto se arrime á la pared para rascarse, adiós brillo. Usted, hombre práctico y de experiencia, no tiene derecho á imaginar imposibles; eso se queda para mí, que sueño despierto, como anoche. ¿Quiere que le cuente?...

DONOSO Cuenta lo que quieras.

RAFAEL Pues, oiga usted. Me veía en nuestro antiguo palacio. Cruz, *mandando en jefe*, ha nacido para mandar; Fidela, ya casada, y con un niño que me llamaba *Felin*, tirándome del bigote; yo alegre, contento, con vista, ¿oye usted?, *con vista*, haciendo planos para un trabajo de ingeniería. Me hallaba en el salón principal, el de las grandes fiestas; enfrente, sobre el lugar donde estuvieron los retratos de mis padres, aparecía en letras enormes, formadas con lámparas de arco voltaico, una inscripción: «RENACIMIENTO». Y aquí viene lo absurdo, lo ridículo, lo grotesco del sueño; en sustitución de esos cuadros se veía el retrato de Torquemada con el siguiente traje: lado izquierdo, uniforme de gentilhombre, espada, guante blanco y placa de brillantes; lado derecho, chaqueta grasienta, con manguito negro, y en la mano, basta y sucia, una papeleta de empeño. En el centro de la frente, una onza de oro. De pronto se abre la puerta

y entra un viejo elegante, simpático, que me abraza diciendo: «Por fin, los dos vemos claro.» Después... se acabó. *(Queda pensativo.)*

DONOSO Rafael, Rafael, será preciso que te vea el médico, tú no estás bueno; prométeme luchar contra esas fantasías que te enervan, que te debilitan; tú mezclas lo real con lo inventado, dejas vagar la imaginación, te alucinas, y todo eso te destruye, produciendo las excitaciones y depresiones que á todos nos inquietan. Sólo falta que te dé por interpretar los sueños, y entonces, convertido en personaje de la Biblia, tendrás que vivir en el desierto.

RAFAEL Ya busco la interpretación, y á veces encuentro algo con sentido. Pero el sueño que acabo de referirle no tiene explicación satisfactoria.

DONOSO Si continúas así, me enfadaré. *(Suena el timbre.)* Un hombre de tu mérito no debe dejarse arrastrar por tales invenciones. *(Suena el timbre más fuerte.)* Quizá sea Torquemada; dijo que vendría.

RAFAEL *(Levantándose violentamente.)* Entonces me marcho...

DONOSO Espera, hombre; puede que no venga tan pronto. *(Se oyen las voces de Torquemada y Cruz.)*

RAFAEL Sí, sí, es él; me voy.

DONOSO ¿No me haces caso? Tu aversión carece de fundamento...

RAFAEL *(Dirigiéndose puerta izquierda.)* Sí, sí, tendrá usted razón... sin fundamento... pero no puedo, no puedo... *(Sale puerta izquierda.)*

DONOSO ¡Pobre Rafael, nos dará algún disgusto! *(Entran Cruz y Torquemada puerta foro.)*

ESCENA VII

DONOSO, CRUZ, TORQUEMADA

TORQUEM. No he tardado mucho, Don José. *(A Cruz.)* Ya le habrá dicho que nos quedamos citados en *este local.*

CRUZ Sí, me dijo que vendría usted á preguntar por la salud de mi hermano.

TORQUEM. Ese era mi principal objetivo; veo que las neuralgias de Don Rafael *exceden á toda ponderación.* ¿Está mejor?

CRUZ Un poco mejor; ahora estaba descansando. *(Hace un gesto á Donoso.)* No ha dormido en toda la noche.

TORQUEM. Pues *dejarle, dejarle;* en el *mero hecho* de que duerme, es que tiene *necesidad de reposo;* yo *soy de ditamen* que el sueño engorda.

DONOSO Pues usted poco duerme, amigo Torquemada.

TORQUEM. Seis horas: á las doce, á la cama; á las seis, arriba. Eso de estarse en el lecho hasta que el sol *pasa por el meridiano*, se queda para los señoritos que andan por ahí *echando facha* y *pintándola.*

CRUZ Ya sé que hoy temprano pensaba usted ver á su amigo el procurador. ¿Cómo va nuestro asunto?

TORQUEM. Le vi, le vi. El asunto va despacio. Yo, que soy hombre que no me *aparto de lo racional, abrigo la convicción*, como ya *he tenido el honor de decírselo* á Don José, que no hay más que este *dilema* en el actual *momento histórico:* ó perder el pleito ó que se encargue de él un politicazo de empuje. *(A Cruz.)* ¿Y la señorita Fidela?

CRUZ En la cocina está; voy á llamarla. *(Sale puerta izquierda.)*

ESCENA VIII

DONOSO, TORQUEMADA

TORQUEM. ¡Vamos, que esa señorita en el *materialismo* de la cocina!...

DONOSO *A la fuerza ahorcan*, Don Francisco; ellas hacen de criadas porque no tienen más remedio; aprenda usted á hacer de señor, ya que puede.

TORQUEM. *(Con acento misterioso.)* ¿Y qué, le han dicho algo? Ya va siendo hora, que han pasado quince días.

DONOSO Sí, me han dicho, pero hágase el desentendido; ya sabe que fué condición precisa no aludir al asunto hasta que ellas hablen.

TORQUEM. Y qué, ¿sí ó no?

DONOSO Fidela ha contestado que no tiene inconveniente en llamarse la señora de Torquemada.

TORQUEM. *¡Ñales y reñales!* ¡Qué alegría me da usted! Es *una pintura* de mujercita, un poco joven para mí; ¡que no tuviera yo veinte años menos!...

DONOSO Pero si usted tuviese treinta, ella tendría siete, y tampoco iba usted á casarse con una criatura.

TORQUEM. ¡De veras es usted *guasón!... Es un decir*, ya me entiende.

DONOSO Sí, hombre, sí.

TORQUEM. Y, sobre todo, es una persona decente. ¡Una mujer que vive tan mal siendo tan guapa, por fuerza tiene que ser muy decente!

DONOSO Si así no fuera, no me honraría yo con su amistad.

TORQUEM. *Es que ésta* es buena de veras. *Créame*, Don José, ve uno por ahí cada *tipo remilgado y con los ojos bajos ¡ñales! que la da con queso.*

DONOSO Ahí viene. Usted como si nada supiera. La

saluda y nos vamos, para llegar pronto á la Relatoría del Supremo. *(Entran Cruz y Fidela puerta izquierda.)*

ESCENA IX

DONOSO, TORQUEMADA, CRUZ, FIDELA

TORQUEM. A los pies de usted, señorita Fidela. ¿Cómo vamos de anoche *acá?*

FIDELA Muy bien, Don Francisco; á usted no le pregunto, siempre está bueno.

TORQUEM. Nunca *padezco dolencias*. Sólo he tenido un *catarro nasal* en mi vida, cuando llegué á Madrid, por culpa del *solecismo*, quiero decir por andar paseando al sol y luego *mudarme* á la sombra. *(Sacando una cajita y dirigiéndose á Fidela.)* Hoy traigo sorpresa; adivine usted.

FIDELA ¿Yemas? *(Signo negativo de Torquemada.)* ¿Marrón? *(El mismo signo.)*

TORQUEM. Son unos bombones alemanes *riquismos*, rellenos de *licores varios. (Entrega la cajita á Fidela y ésta ofrece bombones á los demás.)*

FIDELA Muchas gracias; usted tan amable.

TORQUEM. *(Señalando los bombones.) Extraquality*, diez y ocho pesetas el kilo, por ser de *allende el Pirineo;* los del país son más baratos y de menos *exquisitez*, en España está poco adelantado el *ramo de bombones.*

DONOSO *(Saca el reloj y dirige una mirada expresiva á Cruz y Fidela.)* Amigo Torquemada, es hora de que veamos al relator; si á usted le parece nos despediremos de estas señoritas hasta mañana.

TORQUEM. Sí, porque esta noche vamos á una conferencia del Ateneo; Don José *se empeña* y quiero complacerle.

CRUZ (*A Torquemada.*) Haga el favor de venir mañana, á las once, tengo que hablarle.

TORQUEM. Con muchísimo gusto me *personaré á la hora indicada.* A los pies de ustedes, *admirable Crucita y encantadora Fidela;* á Don Rafael que se alivie.

CRUZ Pues hasta mañana.

FIDELA Hasta la vista. (*Salen Donoso y Torquemada puerta foro. Cruz los acompaña y Fidela permanece en el dintel de la puerta, esperando á Cruz, quien al volver se queda mirando fijamente á Fidela.*)

ESCENA X

CRUZ, FIDELA

CRUZ Sobran los comentarios, ¿verdad?

FIDELA Efectivamente; nos hemos comprendido.

CRUZ Ahora viene lo difícil; diré á Rafael que ya salió Torquemada, y con el pretexto de arreglar su cuarto, le mandaré que venga; aprovecha el momento, y dale la noticia con la debida preparación.

FIDELA No me atrevo, Cruz, presiento un disgusto grave; tú, como hermana mayor, debes participárselo.

CRUZ Si yo le hablara primero, parecería que te obligaba; es preciso demostrarle que consientes libremente; además, eres su favorita, con tus mimos podrás calmarle.

FIDELA Está hoy muy excitado; ¿no sería mejor...?

CRUZ Imposible dilatarlo, imposible; mañana daremos nuestra respuesta oficial, es preciso adelantar trabajo, hija mía; porque esto es un trabajo, un *remo de galera*, como decías antes. ¡Vamos!; yo escucharé, y si no sirven las palabras dulces, interpondré mi

autoridad. Lo siento más que tú, pero es necesario. *(Sale Cruz puerta izquierda.)*

FIDELA ¡Dar yo la noticia á Rafael! ¡Este sí que es un trance duro con el que no había contado! *(Pausa. Entra Rafael puerta izquierda.)*

ESCENA XI

FIDELA, RAFAEL

RAFAEL Aquí vengo, chiquilla, mientras Cruz arregla mi gabinete.

FIDELA Siéntate..., á mi lado.

RAFAEL *(Sentándose.)* Oye, Fidelita, á pesar de mi ceguera, ó mejor dicho, á causa de ella, he aguzado los demás sentidos, mis cualidades para percibir lo que no veo; insisto en mi idea, algo ocurre que me ocultáis.

FIDELA Pues vaya, sí, hay un poquitín de novedades.

RAFAEL *(Excitado.)* Lo ves, lo ves, cómo acertaba.

FIDELA No te exaltes, por Dios, si no me callo.

RAFAEL Cuenta, cuenta...

FIDELA Nada te hemos dicho, porque nada había resuelto. Ahora sí. La Providencia parece que viene en nuestra ayuda.

RAFAEL ¿Cómo? ¿Por qué medios? Dímelo al instante, hermanita, no abuses de mi estado; ya que no pueda ver la luz, que vea, al menos, la verdad.

FIDELA Sosiégate, lo sabrás todo; tiempo hacía que no me hablabas así.

RAFAEL Estoy como un arma cargada á pelo, me tocan y me disparo. No sé qué... Un presentimiento horrible... Dime, en esa intervención providencial, ¿tiene algo que ver Don José Donoso?

FIDELA No lo sé, nada puedo asegurar.

RAFAEL ¿Y Torquemada? *(Pausa.)* ¿No contestas?... ¿Estás ahí?

FIDELA *(Llorando en silencio.)* Aquí estoy.

RAFAEL Dame tu mano; á ver. *(Le toca la cara.)* ¿Lloras? Sí; tienes lágrimas. *(Con excitación creciente.)* En este cambio..., en eso..., no sé como decirlo, ¿figura de algún modo ese grosero que ahora estudia para persona decente? ¿Es personaje importante en el acontecimiento? ¿El suceso tiene relación contigo? *(Pausa.)*

FIDELA Sí.

RAFAEL *(Excitadísimo.)* No digas más; temía acertar y acerté. ¡Dios mío, hiciste bien en cegarme para que no viera tanta ignominia!; pero si no la veo la siento, la toco.

FIDELA Hermano mío, no te pongas así con tu Fidela; me asustas, ten juicio, óyeme

RAFAEL Mejor sería morirme, y así os quedábais libres para degradaros cuanto quisiérais.

FIDELA *(Con dignidad)* ¡Degradarnos! Rafael; pero, ¿qué te figuras?

RAFAEL Me figuro que se trata de un matrimonio en regla, os vendéis por mediación del Estado y la Iglesia; el juez y el cura serán los corredores inconscientes del contrato; lo mismo da, la ignominia no es menor por eso. Sin duda, creéis que nuestro nombre es un troncho de col y le arrojáis al cerdo para que se lo coma...

FIDELA ¡Oh, qué disparates estás diciendo! Me haces un daño horrible.

RAFAEL *(Con cariño.)* ¡Daño!, no puedo hacértelo, te quiero demasiado, el daño te lo haces tú misma, y á mí me toca compadecerte y quererte más. *(Solloza. Entra Cruz puerta izquierda.)*

ESCENA XII

FIDELA, RAFAEL, CRUZ

CRUZ — ¿Qué es eso? ¿Llorando los dos? ¡Vamos!... Fidela te ha contado... ¿Te desagradan las pretensiones de Don Francisco? Como le profesas tan terrible aversión... Con nosotros, hay que reconocerlo, se ha conducido como un perfecto caballero. *(A Rafael.)* Confío en que no tratarás descortésmente, *en nuestra propia* casa, á quien nos muestra su afecto en una forma, que ahora no discuto, pero que revela intención honrada. ¿Puedo estar tranquila?

RAFAEL — Nunca desmentiré ante propios ni extraños la educación de mi clase, pero tampoco faltaré á mi dignidad personal consintiendo que ese hombre forme parte de nuestra familia. Tú me inculcaste las ideas que defiendo, ya ves que no soy yo quien ha cambiado, puedes estar tranquila.

CRUZ — Es cierto, los sentimientos de familia, el orgullo de raza, la tradición noble, tienen hondas raíces en ti. Yo tuve también... todo eso..., pero me lo he dejado poco á poco en las zarzas del camino... á fuerza de caer y de sufrir la vulgaridad me ha conquistado. Me arrepiento de haber sido tu inspiradora en cierta clase de convencionalismos é intransigencias.

RAFAEL — Si fuera un joven, trabajador honrado, me callaría, pero otra vez, y ciento, y mil, digo que no puedo ceder por el decoro de la familia.

CRUZ — *(Con orgullo.)* El decoro de la familia está en salvo. ¿Acaso eres tú el único depositario de nuestra dignidad?

RAFAEL Voy creyendo que sí. Esa degradación la admitís vosotras, yo no. ¿Qué os proponéis? ¿Comer un poco mejor? ¿Vestir con más elegancia?

CRUZ *(Con gran energía.)* Nos proponemos vivir. Ya no puedo ocultarte nuestra situación, has de saber la verdad entera, aunque ello me cause un gran dolor. Hemos gastado céntimo á céntimo nuestros recursos, haciéndote creer que vivimos de una pequeña renta. ¿Sabes tú cómo vestimos? Con ropas que en otro tiempo desechamos por inservibles, recogidas en las guardillas de nuestro palacio, cuando nos arrojaron de él. ¿Sabes que muchos días hemos fingido comer lo mismo que tú, á tu lado, sin tener más que un pedazo de pan, y que ya nos habrían echado de esta casa, hace tres meses, si Donoso no pagara el alquiler? Somos muy dignos, y con tanta dignidad hemos tenido que abusar constantemente de nuestro incomparable amigo, contrayendo deudas, á sabiendas de que no podíamos pagarlas, casi una estafa, y como *somos dignos*, y *como somos nobles*, no podemos cenar en la Tienda-Asilo, ni acercarnos á los cuarteles para disputar á los golfos el sobrante del rancho; ¡nuestros escudos nos impiden mendigar una limosna en la puerta del teatro Real á los que son nuestros iguales! Hermano querido, Rafael de mi alma, hijo mío, como no podemos hacer eso, yo que os he guiado en largo camino, para ti de ignorancia de las penas, para nosotras de martirio lento, acepto como mal menor la solución que se nos ofrece; yo, como hermana mayor, en el puesto de mi padre, he aconsejado á Fidela que no rechace la petición de Torquemada.

RAFAEL (*Con gran emoción.*) Has hecho bien en decirme la verdad, madrecita mía; gracias, mil gracias, hermanas, perdonadme, decidme que me perdonáis, he sido muy injusto, pero no sabía... no sabía, ya veis, estoy ciego de los ojos, estaba ciego del entendimiento.

FIDELA Rafaelito querido, no tienes que pedir perdón; comprendemos lo que pasa por ti.

CRUZ Te he querido con los dos amores de madre y hermana, no necesitas mi perdón; dispensa tú, si expresé con demasiada dureza lo que me has obligado á decir.

RAFAEL Era necesario. Si nuestra miseria es tan desesperada como dices, si no queda más solución que la que aceptáis, yo no seré obstáculo; prescindid del estorbo.

CRUZ y FIDELA ¡Rafael!

RAFAEL Sí, comprendo; ahora lo entiendo bien, hay dos teorías: una, en la prosperidad; otra, en la decadencia; hay que ser *oportunista*, *oportunista*, la palabra de moda; hay que *adaptarse al medio ambiente*, ¿verdad? Otra frase también de moda, y el que no se adapta debe desaparecer...; pues bien, yo ni quiero ni puedo adaptarme.

CRUZ ¿Qué dices, Rafael? Explícate.

RAFAEL No, no temáis; mis ideas religiosas me prohiben el suicidio; la firmeza de mis convicciones me impide transigir; buscaré una *fórmula*. ¿Se dice así, verdad? Una *fórmula*... La encontraré... Y si no la encuentro... Lo mismo da.

CRUZ No sabes lo que te dices; fuiste siempre exaltado, impresionable; medita, reflexiona; algún día reconocerás que te equivocas hoy. Mi resolución obedece á un plan; la Providencia me ofrece los medios para realizarlo,

y yo los admito. Cuando sea oportuno rendiré mis cuentas. *(Pausa.)*

FIDELA — Hermanito, habla; ¿qué piensas?

RAFAEL — Decís que reflexione, que medite; pues medito, reflexiono.

FIDELA — *(En voz baja á Cruz.)* Me da miedo; ¡algún disparate se le ocurrirá! ¡Dios nos ayude!

CRUZ — Tened confianza en mí; ténla tú, Fidelita, como siempre. *(En voz baja á Fidela.)* Transigirá; se adaptará; tendrá que ayudar á mi obra.

FIDELA — ¿Tú crees? Me parece imposible.

CRUZ — No lo dudes; es preciso; lo hará. *(Telón.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Comedor modernista en casa de Torquemada, comunicando al foro con gabinete elegante donde habrá un piano.—En el centro del gabinete y á la vista del público, taquilla giratoria con libros de música.—En el comedor, puertas derecha é izquierda.—Balcones.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA

CRUZ, DONOSO (tomando café en una mesita)

CRUZ La noche de que le hablo, la víspera del matrimonio de Fidela, me acosté rendida de cansancio; pronto me dormí. A las seis de la mañana del día siguiente oigo sonar el timbre de la escalera con largo repiqueteo; me levanto; al abrir, no encuentro la llave, y observo que el cerrojo no estaba echado. Entra Bernardina, angustiada, llorosa, diciendo: «El señorito... el señorito Rafael.» No escuché más. Voy á su cuarto; la cama, intacta... me figuré todo. Rafael, á tientas, guiándose con el bastón, preguntando á los transeuntes, se había refugiado en casa de su nodriza, ya sabe, la mujer de Pepe, nuestro antiguo empleado, que puso un taller de tipógrafo. Me vestí apresuradamente; salí con Bernardina; llegamos al taller, y en-

cuentro á mi hermano, sereno en apariencia, que me dice: «No has tardado mucho, pero no me sacarás de aquí; los ciegos también servimos para algunas tareas mecánicas. ¡Verás qué ayudante de prensa más distinguido! Pepe me dará un jornal y albergue en su casa; ganaré mi vida sin deber nada á nadie.»

DONOSO ¡Pobre Rafael! Grande debió ser la sacudida cuando pudo más que vuestro cariño y mis consejos.

CRUZ Me hice cargo de la situación; comprendí que en aquel momento nada conseguiría; le hablé del susto que nos había dado, de su salud, que requería atenciones; Bernardina y Pepe me ofrecieron cuidarle con interés; volví á casa, consulté con Fidela y resolvimos engañarle de nuevo, utilizando el famoso pleito. Nada referí á usted por carta, pues hay cosas que no pueden confiarse al correo; esperaba su regreso para contarle detalles.

DONOSO Comprendo perfectamente. La muerte de mi pobre hermana y mi larga enfermedad, recluído en mi casita de Asturias, fueron motivos suficientes para que no hablaras en tus cartas de cosas que pudieran impresionarme. Tenía gran curiosidad. Cuando me escribiste: «Se verificó la boda», y á los seis meses: «Rafael está con nosotros; sigue mejor», yo me pregunté: ¿Cómo le habrán convencido?

CRUZ Se fingió una transacción en el pleito; le dijimos que se había recuperado la finca de Albornoz, y que á él le correspondía el tercio de las rentas, lo suficiente para no depender de nadie.

DONOSO Esto le haría ceder, ¿verdad?

CRUZ Fué preciso que su estado de salud empeorase, y aprovechando un día de gran postración, inventamos una enfermedad de Fidela y con-

seguimos traerle á esta casa. Estuvo seis meses gravemente enfermo; estrechamos el cerco; ¡una verdadera conspiración! Poco á poco fué disminuyendo las objeciones; Torquemada ayudó por su parte, y hoy Rafael parece que transige con los *hechos consumados;* cada día habla menos, observa constantemente, sospecha de todo.

DONOSO Pero, según tus cartas, el pleito se transigió, efectivamente... ¿por qué dices que fingisteis?

CRUZ Se transigió, pero abonando Torquemada en metálico dos tercios del valor de la finca; esto lo ignora Rafael. Le hemos engañado con la mayor de las mentiras: la verdad á medias.

DONOSO ¡Sabes que me admira ese desprendimiento de Torquemada!...

CRUZ Fidela se lo pidió llorando: Torquemada discutió, gruñó y, por fin, dijo que se sacrificaba en *aras de la paz de la familia*, frase que aprendió por entonces. Rafael dió poder en forma para otorgar la escritura. En ella no se nombran las verdaderas condiciones de transacción. Después de firmada, gruñía mi cuñado: «*Fidelita está contenta*, pero *¡ñales! me cuesta un riñón el gustito.*»

DONOSO Bien trabajado, Cruz; el orgullo de tu hermano queda en salvo.

CRUZ Si él supiera... Cuando el administrador envía su parte de renta, dice Rafael: «Cuidado, Cruz: todos mis gastos en esta casa los pagarás, no quiero deber favor alguno á ese hombre.» Yo hago la comedia, y él está convencido de que nada tiene que agradecer.

DONOSO Ya sé que tenéis esperanzas de curación.

CRUZ Estoy en correspondencia con dos famosos especialistas extranjeros; el tumor cerebral, causa de su ceguera, puede extirparse; la operación es arriesgadísima...: para inten-

tarla es preciso que se robustezca, que recobre energías..., entretanto... paciencia...

DONOSO Paciencia y... trabajar, ¿eh, Crucita?, porque tú, mientras esperas unas cosas no te descuidas en otras. Fidela me ha dicho que ayudas de firme en un gran negocio.

CRUZ ¿La sociedad metalúrgica?

DONOSO Sí, ese *trust*, como dicen ahora...

CRUZ El marqués de Taramundi lo inventó, yo me he limitado á *machacar* el metal; Torquemada será consejero-gerente.

DONOSO Te admiro, Cruz... en clase de domadora y de perseverante... ¡Veo que don Paco cede á tu influencia!

CRUZ Alguna vez intenta rebelarse, pero el miedo á desentonar en la sociedad que ahora frecuenta es más fuerte que sus instintos. Asómbrese usted: lee dos horas todos los días, luego habla con nosotras, comentamos las lecturas, y con cierta maña, para no herir su amor propio, le vamos metiendo en la cabeza todas esas ideas generales que dan cierto barniz de cultura á los hombres que no hablan demasiado. Ahora lee el *Quijote;* ayer recitaba en voz alta un discurso de Castelar. Tiene una memoria formidable.

DONOSO No he visto fuerza de asimilación como la suya; cuando le oí en la mesa, esta noche, quedé espantado. En un año habéis hecho maravillas. Sigo con mi tema: Torquemada fué mezquino y miserable, porque á su alrededor vivían la ruindad y la pequeñez.

CRUZ Cuando se resiste, saco el Cristo, la frase mágica: «Paco, si quieres llegar arriba, hay que hacer esto»: discute, protesta, regatea, pero lo hace.

DONOSO ¡Vamos, sí, como los diputados de la mayoría; murmuran del jefe en los pasillos, en

las tertulias, pero cuando el amo dice: «Si no obedecéis, dimito», todos votan y callan!

CRUZ — Como final de esta revista que voy haciendo, le daré una sorpresa.

DONOSO — ¿Otra?

CRUZ — Otra y grande. El supremo cacique de la Mancha, le reserva un distrito en las próximas elecciones; habrá lucha, pero saldrá; cuestión de 12 ó 14.000 duros.

DONOSO — ¡Diputado ya! Pero, chiquilla, me parece un poco prematuro.

CRUZ — No, él sabe callar á tiempo, será diputado *de sí y no*, al principio; dentro de un año no hará mal papel; para el *debut* oratorio elegiremos un tema que él domine: cuestiones de presupuestos, rebaja de gastos, por ejemplo. *(Sonriendo.)*

DONOSO — ¡Serás capaz de hacerle el discurso! ¡Ay, Crucita, si fueses hombre, vaya un jefe de partido!

CRUZ — Todavía no conoce el proyecto; yo misma no he sabido con certeza el ofrecimiento hasta hoy. Es mi sistema darle hecho lo que es incapaz de hacer y dejar á su cargo lo restante: *ganar dinero;* instinto como el suyo para los negocios, es difícil encontrarlo.

DONOSO — Serranito, la peor lengua de Madrid, le compara con los cerdos; dice que escarba donde están las trufas.

CRUZ — Sólo persigo una obra de reparación. Se perdió nuestra casa por ligerezas, por falsas ideas de brillo; cayó nuestra riqueza en manos de usureros y mercachifles. Torquemada reconstruirá todo con la inspiración nuestra. Los mismos elementos que cooperaron á nuestra pérdida, ennoblecidos, barnizados, admitidos en la circulación distinguida, ayudarán á nuestro triunfo.

DONOSO — Gran ideal de justicia persigues. ¡Torquemada el rústico, el símbolo del tanto por ciento, convertido en instrumento de altas obras!... No me parece mal; hoy es un *financiero* de importancia; de la persona sacarás el personaje.

CRUZ — Y cuando el personaje sea príncipe de la banca y de la bolsa, ¿quién se acordará del prestamista de la calle de Cabestreros?

DONOSO — Y aunque se acuerden, fingirán olvidarlo. ¿Quien se acuerda de que algunos de esos reyes del mercado de millones vendieron negros, compraron blancas, sirvieron de agentes para adquirir como buenos, edificios ruinosos... minas fantásticas?...

CRUZ — Nadie se acordará, ni siquiera la Historia, porque los historiadores practican la vieja teoría de la tolerancia entre compadres y respetan mucho la *vida privada*. *(Entra Torquemada puerta derecha.)*

ESCENA II

CRUZ, DONOSO, TORQUEMADA

TORQUEM. — Amigo Don José, Taramundi y Mora quieren consultarle un punto de su notoria competencia al *respective* de formalidades y *tiquismiquis* de timbre y derechos reales. Estamos ultimando el pliego de condiciones. Si es usted tan *eminentemente amable*, haga el favor de ir al despacho.

DONOSO — *(Con ironía.)* Todo progresa; ahora los pliegos de condiciones para obras del Estado se hacen en casa de los futuros contratistas.

TORQUEM. — ¡Hombre, no faltaba más! Se anunciará el concurso como nosotros queramos.

CRUZ — Y en el ministerio lo pondrán en limpio.

TORQUEM. Y como todo está hecho á nuestra medida, sólo se presentará nuestra proposición. *(Entra la doncella puerta izquierda y deja sobre la mesita servicio para manzanilla.)*

DONOSO Entiendo... entiendo... Si el país se enterara de estas cosas...

CRUZ Está enterado; pero tiene demasiada pereza para protestar. Ya conoce la viejísima frase: «Cada pueblo tiene el Gobierno que se merece.»

DONOSO De acuerdo, Crucita... pero *en fin*... no perdamos el tiempo en filosofías. Seré *eminentemente amable*, como usted dice; voy á ver á esos señores. *(Al levantarse se fija en la manzanilla. A Torquemada.)* ¡Calle! ¿Qué es eso? ¿Ya no toma café?

TORQUEM. No, señor, me dedico á la manzanilla, trago mucha bilis; el médico ha dado *orden prohibitiva* para el café.

DONOSO *(Dirigiéndose puerta derecha.)* Conque exceso de bilis, ¿eh? Resignarse; si los ricos no tuvieran enfermedades, ¿de qué se iban á quejar? *(Sale puerta derecha.)*

ESCENA III

CRUZ, TORQUEMADA

TORQUEM. Sí, Crucita, sí; la bilis aumenta con los *recondenadísimos dispendios*, *vulgo* gastos.

CRUZ ¿Tú crees?... Pienso que son ciertos negocios los que estropean el hígado.

TORQUEM. *(Con afectación y haciéndose el distraído.)* ¿Y Fidela?

CRUZ Está en su gabinete... un poco mareada. *(Gesto de alarma de Torquemada.)* No, no es grave, cosas propias de su estado.

TORQUEM. *Los infantes* dan mucho que hacer á las *auto-*

ras de sus días; pero, en cambio, *los autores* tenemos que *alumbrar* las pesetas, y eso también cuesta... también.

CRUZ — No quieras desviar la conversación. ¿Te parece decoroso, ahora que andas en gestiones con el Gobierno para contratos de importancia, continuar con las casas de préstamos? *(Gesto de protesta de Torquemada.)* Sí, sí; ya sé que tu nombre no figura, que tienes al frente cuatro testaferros.

TORQUEM. — ¿Quién te ha dicho?... Eso es mentira.

CRUZ — En primer lugar, no se dice nunca *eso es mentira;* en la buena sociedad no se emplean tales palabrotas; se dice: padeces un error, no es exacto...

TORQUEM. — Bueno... pues... eso... lo que quieras.

CRUZ — En segundo lugar, es verdad, tengo la certeza.

TORQUEM. — ¡Hala! Pues no lo niego; yo decía que no *era exacto, que padecías un error,* para evitar disputas, pero ya no lo oculto; ¿tiene algo de particular ese *arbitrio á cencerros tapados* y no figurando mi *respetable apellido?* Y, *fuera pamplinas,* tan honrado es ese negocio como el que hacen los reverendísimos Bancos con todo el *postín bancario;* la diferencia está en que allí no se ven capas colgadas ni relojes tras las alambreras. ¡Vaya la importancia que das á las *engañosas apariencias: son tu bello ideal!* Yo estoy *por la substancia.*

CRUZ — Mira, *Tor,* es preciso traspasar, ¿oyes?, *preciso.* O marchas por el camino del decoro, ó tendremos siete disgustos por día.

TORQUEM. — ¡Crucita de todos los demonios! Digo... dispensa, querida hermana política; á eso de las casas de empeño, *yo le echaré tierra...*

CRUZ — Por mucha tierra que le eches, siempre olerá mal. ¡Si lo sabe Fidela!...

TORQUEM. — ¡Caramba!, no le vayas con el cuento, sé que

no le gustaría... *seamos justos*, déjame seguir con la *viña*, Crucita, porque es una verdadera *viña del Señor*, que produce 15.000 duros *limpios de polvo y paja* al año; ¿entiendes?

CRUZ — Entiendo: *cada doce meses;* pero también sé que tienes negocios de millones entre manos y que te perjudican esas miserias.

TORQUEM. — *No veo la tostada.*

CRUZ — Pues yo lo veo todo. Cuando ganas en hipotecas seguras 20.000 duros, cuando las almadrabas y salinas te producen más de 30.000, cuando vas á dirigir una Sociedad con 10 millones de pesetas, no puedes continuar de prestamista sobre alhajas y ropas, porque eso quita prestigio que tiene su valor en el mercado social, y si lo tiras perderás doble de lo que ese feo negocio te produce. Además, los políticos se enterarán, porque todo llega á saberse, y sacarán partido para molestarte en las elecciones.

TORQUEM. — ¿Los políticos? ¿Las elecciones? No entiendo una palabra.

CRUZ — Los amigos que te quieren, presentan tu candidatura por un distrito de la Mancha; por supuesto, serás candidato independiente; el Gobierno te apoyará bajo cuerda; los hombres como tú no deben comprometerse, sino estar bien con todos.

TORQUEM. — ¡Yo diputado! ¡Yo *farolear* en el Congreso!... ¿Y habrá que gastar dinero?

CRUZ — Poca cosa, 12 ó 14.000 duros en coches, comidas, impresos, compra de votos...

TORQUEM. — *Ñales y reñales*... Digo, no... Dispensa... *Demonio*... digo, no... ¡Dios mío de mi alma! ¡14.000 duros!

CRUZ — Tendrás influencia; servirás á los amigos, con favores que pagarán los contribuyentes,

y en cambio adquirirás relaciones que pueden valerte mucho.

TORQUEM. ¿En metálico?

CRUZ Sí, señor; en metálico; en subvenciones para tus negocios; en facilidades para tus empresas, etc., etc. ¿No ves al Marqués de Lora, á Pepe Ruiz; en fin, á todos tus amigos los financieros? El que menos ha gastado 5.000 duros en el distrito; ¿crees tú que tan tacaños como son, si no lo sacaran por otro lado, se mostrarían tan espléndidos?

TORQUEM. *(Pensativo.)* Efectivamente, Lora y Pepe Ruiz no cambian un duro como no sea para recoger un billete.

CRUZ Créeme, la influencia es dinero, se cotiza como el papel del Estado.

TORQUEM. Bueno, Crucita, *seremos padres de la Patria.* No me entusiasmo mucho; ahora bien, si se *filtra algo de turrón, bien venido sea.*

CRUZ El acta primero, lo demás ya vendrá; la Gran Cruz, el Gobierno de un Banco... Vamos... Tú déjame hacer.

TORQUEM. Crucita, Crucita, que unas veces te me representas como suegra de *la clase de panteras* y otras como *hermanita de mazapán...* Si todo eso se hiciera sin *gastar dinero*, me parecería *de perlas.*

CRUZ No seas tonto. ¿Qué dirías del labrador que no gastara en simiente por economizar?... Pues esto es sembrar duros para recoger millones. *(Mira puerta izquierda.)* Y aquí tienes á tu mujercita que me dará la razón. *(Entra Fidela puerta izquierda.)*

ESCENA IV

CRUZ, TORQUEMADA, FIDELA

TORQUEM. Hola, monina; ya sé que hubo *mareito;* con esto de la *sucesión* hay que tener paciencia.

FIDELA Fué cosa menor; ya me encuentro perfectamente.

CRUZ A tiempo llegas; te presento al futuro diputado.

FIDELA ¿Te gusta, eh? ¿Te gusta de verdad, Paco? ¡Bien lo hemos trabajado! No quisimos decirte nada para evitarte molestias. Una verdadera sorpresa.

TORQUEM. Catorce mil duros, coches, comidas, pago de votos... *¡Qué sinvergüenzas de electores*, vender los votos como si fueran patatas!

CRUZ ¡Qué quieres! Es el único ingreso que tienen seguro cada dos ó tres años.

FIDELA ¿Y qué es eso para ti? Yo estaré muy contenta. ¿No quieres que yo esté contenta ahora? Ya ves, ahora más que nunca.

TORQUEM. ¿Es *antojo?* Entonces, paso por todo.

FIDELA Me alegro que tengas ganas de broma. Además, ya sabes que cuando á Cruz le parece bien...

TORQUEM. ¡Boca abajo todo el mundo! Lo cierto es que cada día *pululan* los gastos; hoy he pagado el abono del *cochecito.*

FIDELA No quiero que vayas á pie hasta la Bolsa; desmereces entre los hombres de negocios; no me gusta que te crean *tacaño* y *cominero.*

CRUZ Es un gasto reproductivo, como el coche de los médicos; los que tienen carruaje, cobran la visita á dos duros, los otros á duro ó medio; el coche no es para ti, sino para los necios, que al fin serán quienes lo paguen.

TORQUEM. *(A Fidela.)* A ti te vendrá muy bien, para que vaya cómodo el futuro heredero, que llamaremos *non nato*. Hoy he leído en un periódico: «¿Queréis hijos robustos? Cuidad á la madre.»

CRUZ Ya lo he visto; es un reclamo para la venta de corsés-faja.

TORQUEM. *(Saca un cuadernito forrado de hule y echa una ojeada.)* Y *á propósito*, el lunes han hecho en el Español *La niña boba*, comedia clásica. Yo he oído decir *el clásico* puchero, *la clásica* mantilla; pero ¿qué tiene eso que ver con las comedias?

FIDELA Clásico quiere decir escogido, lo mejor, y se aplica corrientemente á nuestras comedias de los siglos XVI y XVII.

TORQUEM. *(Echa otra ojeada al cuadernito.)* También he leído que el Duque de Algar es un Mecenas de los poetas.

CRUZ *(Riéndose.)* Mecenas fué un romano protector de las letras.

TORQUEM. ¡Bueno, bueno! ¿Y qué se gana con ser Mecenas?

FIDELA La gloria que acompaña á los hombres cultos y generosos.

TORQUEM. Ya, ya, el *beneplácito*. *Cúmpleme* declarar que no quiero ser Mecenas. Los poetas me parecen gente holgazana y trasnochadora, hablan con las *estrellas*, y se acuestan *á las tantas*. A mí me gustan los hombres científicos como Zárate.

FIDELA En el cuarto de Rafael está. Ahora le llamaremos.

TORQUEM. *(A Fidela.)* Qué te parece, ¿nuestro hijo será *científico* ó *poético?*

FIDELA *(Riéndose.)* ¡Tiene gracia!; lo que Dios quiera.

TORQUEM. Pues yo creo que será matemático; anoche soñé que jugaba al corro con catorce *nueves*.

Esto es de buen agüero. *(Se ríen. Entran Donoso y Morentín puerta derecha.)*

ESCENA V

CRUZ, TORQUEMADA, FIDELA, DONOSO Y MORENTÍN

(Cruz y Fidela hablan en voz baja, apartados del grupo que formarán Torquemada, Donoso y Morentín)

DONOSO *(A Torquemada.)* Para ultimar el asunto del concurso nos necesitan dentro de un cuarto de hora; están terminando el pliego. ¡Ah!, quieren oir la opinión de Zárate sobre detalles de la metalúrgica.

TORQUEM. *(A Donoso.)* Bueno, entonces concluiré el cigarro en su compañía.

MORENTÍN *(A Torquemada.)* Terminé mi parte; el reclamo de prensa queda redactado; mañana sale. *(A Fidela.)* ¿Hacemos nuestra partida?

FIDELA Falta Zárate.

CRUZ Se quedó charlando con Rafael; voy por ellos. *(A Fidela.)* Tú prepara el cognac reglamentario y abre el piano; Zárate *ama* las *tres estrellas* con el mismo entusiasmo que Rafael á Beethoven. *(Sale Cruz puerta izquierda. Fidela prepara el cognac y entra en el gabinete para abrir el piano.)*

ESCENA VI

TORQUEMADA, FIDELA, DONOSO, MORENTÍN

MORENTÍN *(A Torquemada.)* A usted no le gusta demasiado la música de Beethoven.

TORQUEM. Esa no me molesta; la de Wagner sí, porque no me deja dormir; abusa de las *trompetas*.

FIDELA *(A Morentín, desde el gabinete del foro.* Venga

usted y le enseñaré una preciosa edición completa de las obras de Wagner, regalo de mi marido.

TORQUEM. Los regalos son á gusto del obsequiado; respeto las aficiones ó si se quiere caprichos de mi esposa, porque *de gustos no hay nada escrito—que dijo el otro—. (Entra en el gabinete del foro Morentín, quedando con Fidela á la vista del público.)*

TORQUEM. *(A Donoso, ofreciéndole un cigarro.)* Don José, estoy sacrificado, créame, sacrificado.

DONOSO ¿Y quién es el verdugo?

TORQUEM. ¿Quién ha de ser? Cruz, que no me deja gobernar mi casa con la *santa economía* en el presupuesto conyugal; ¡y cómo me *mete en un puño*, y me deja sin voluntad, *meramente embrujado!* ¡Mandona, gran *visira* y *capitana generala*! El talento de ganar cuartos no me lo quita nadie; pero esa me gana en el mando. La verdad, como despejo de hembra, no he visto otro caso. Pero, ¿con quién me he casado yo? ¿Con Fidela, con Cruz, ó con las dos?, porque si la una es propiamente mi mujer, la otra es mi tirana, y de la tiranía y el mujerío se compone esta endiablada máquina del matrimonio. *(Siguen hablando en voz baja.)*

FIDELA *(A Morentín.)* Deje, deje el incensario.

MORENTÍN *(A Fidela.)* No es lisonja, Fidela; los que la conocemos de verdad, debemos adorarla por su perfección espiritual, por su maestría en el sufrimiento, por su belleza incomparable... Y... por todo, merecía usted ser feliz.

FIDELA *(A Morentín.)* ¿Y usted qué sabe si lo soy ya? *(Siguen hablando en voz baja.)*

DONOSO *(A Torquemada.)* ¿Se ha desahogado usted por completo?

TORQUEM. *(A Donoso.)* Un poco; sí, señor.

DONOSO *(A Torquemada.)* ¿Usted me cree?

TORQUEM. *(A Donoso.* Como al Evangelio. Desde que le conozco á usted no me conozco yo.

DONOSO *(A Torquemada.)* Pues óigame, obedezca y calle. ¿Tan mal le va á usted?

TORQUEM. *(A Donoso.)* Hombre..., mal...; pero si no hubiésemos gastado en cuadros, alfombras y comidas inútiles á *gorrones*, más de cuatro mil duros en cuatro meses, *yo creo* que tendría en caja veinte mil pesetas más; esto está claro.

DONOSO *(A Torquemada)* Si le vieran á usted hoy en el barrio del Rastro, les costaría trabajo reconocerle.

TORQUEM. *(A Donoso.)* ¡Si me viera usted por dentro!... Parece que yo mismo desprecio al otro que había aquí. *(Tocándose el pecho.)* Quiero decir... *(Balbuceando.)* Esto está un poco obscuro, tengo que cavilar en ello. *(Siguen hablando en voz baja.)*

MORENTÍN *(A Fidela.)* Figúrese usted que yo hubiese conocido hace muchos años á una mujer encantadora, angelical; vamos..., como usted.

FIDELA *(A Morentín, con ironía.)* ¿Como yo justamente? Es casualidad.

MORENTÍN *(A Fidela.)* Sí; como usted, y que á sus perfecciones y belleza uniera... *(Habla en voz baja. Entran Rafael y Zárate, puerta izquierda.)*

ESCENA VII

TORQUEMADA, DONOSO, FIDELA, MORENTÍN, RAFAEL, ZÁRATE

ZÁRATE *(A Torquemada y Donoso.)* Buenas noches, respetables amigos. *(Mirando al gabinete.)* A los pies de usted, Fidelita; hola, Morentín. *(Señalando á Rafael.)* Aquí traigo este hurón.

MORENTÍN *(Aparte.)* ¡Majadero más inoportuno!

TORQUEM. *(A Zárate.)* A tiempo viene usted; bébase la

copita reglamentaria y vamos al despacho; quieren que dé usted su opinión sobre detalles de la metalúrgica.

ZÁRATE — Son ustedes muy amables; estoy á su disposición con mis escasos conocimientos.

TORQUEM. — *(A Zárate.)* Déjese de modestias tontas.

ZÁRATE — *(Se bebe la copa de un trago. A Torquemada.)* A sus órdenes. *(A Fidela y Morentín.)* En seguida jugaremos. *(Salen Torquemada, Donoso y Zárate, puerta derecha.)*

ESCENA VIII

FIDELA, RAFAEL, MORENTÍN

FIDELA — *(A Rafael.* Tienes preparado el piano, abierto del todo, á tu gusto.

MORENTÍN — ¿Cómo va ese humor, Rafaelito?

RAFAEL — Regular; el tuyo será más divertido, trabajador infatigable en el reclamo de esos monopolios que ¡van á salvar la nación! *(Se ríe nerviosamente.* Hablaremos; tengo ganas de discutir.

FIDELA — ¿Discusiones políticas y de negocios tenemos? Me escapo, señores, á preparar el tresillo. *(A Morentín.* Cuando vuelva Zárate, vayan al gabinete. *(Sale puerta izquierda.)*

ESCENA IX

RAFAEL, MORENTÍN; CRUZ (cuando se indica)

RAFAEL — Pepe, aprovechando que estamos solos, voy á hablarte de un asunto muy delicado.

MORENTÍN — ¿Muy delicado?

RAFAEL — Delicadísimo. Una idea que me hace reir y me duele como si me hicieran cosquillas con alambres enrojecidos al fuego.

MORENTÍN — ¿Ya empiezas con tus fantasías? Al fin saldrás con alguna humorada.

RAFAEL — Allá va: José Morentín Ulloa, aristócrata, propietario y *sportsman*, ¿cómo anda la sociedad respecto á Moral y buenas costumbres en el momento presente?

MORENTÍN — *(Riéndose á carcajadas.)* Ya decía yo...

RAFAEL — No te rías, esto es muy serio. Te pregunto: durante el tiempo que vivo apartado del mundo, dentro del calabozo de mi ceguera, ¿han variado las ideas de hombres y mujeres sobre el honor y la fidelidad conyugal?

MORENTÍN — El mundo es el mismo, la juventud es juventud y la Moral... seguimos reconociendo que es muy necesaria, sin perjuicio de faltar á ella cuando conviene.

RAFAEL — *(Exaltándose por grados.)* Entonces seguirá corriendo entre los perdidos bien educados como tú el *principio sagrado y obligatorio* de que la mujer hermosa y distinguida, casada con hombre viejo, grosero y antipático, está autorizada para consolarse de su desgracia con un amigo que reúna las cualidades opuestas.

MORENTÍN — Permíteme que te diga que ni yo soy un perdido, ni eso que tú llamas *principios* se consideran como sagrados, ni mucho menos como obligatorios, ni jamás se ha concedido autorización á las mujeres para hacer esas cosas.

RAFAEL — *Concedido*, sí, por vosotros los hombres *de mundo*, que dais *bulas é indulgencias* á la mujer, que, en el caso á que me refiero, se ha sacrificado á intereses de familia.

MORENTÍN — Pero ¿á qué viene todo eso? Hablemos de cosas entretenidas, y, sobre todo, más oportunas que esta de moralidad, traída por los cabellos.

RAFAEL — Un momento, y te dejo en paz. Una lógica inflexible, la lógica de la vida real, que hace derivar un hecho de otro, me ha revelado que mi infeliz hermana, alentada por esa indul-

gencia social, se permite utilizarla y... se consuela también.

MORENTÍN Calla, esto no se puede tolerar, ofendes injustamente á tu hermana. ¿Has perdido el juicio?

RAFAEL No lo he perdido, no, y aún no he terminado. Dime la verdad, confiésalo, ten grandeza de alma.

MORENTÍN Pero ¿qué voy á confesarte, desdichado? ¿Quieres contagiarme con tus delirios? Me voy al gabinete, no quiero oirte.

RAFAEL *(Sujetándole.)* ¡Ven, ven acá, no te suelto!

MORENTÍN Basta, Rafael, en serio te hablo; déjame.

RAFAEL No te suelto, no; ¿crees que no he observado tu asiduidad y zalamerías con Fidela? ¡No tienes valor para confesarlo!

MORENTÍN Rafael, no me irrites, abusas de nuestra amistad. No puedo confesarte lo que es ilusión de tu mente enferma. Te doy mi palabra de honor.

RAFAEL ¡Tu honor! ¡Honor tú en esas cosas! *(Señalándose la frente.)* ¡Es verdad! Lo veo aquí tan claro... tan claro...

MORENTÍN *(Mirando puerta izquierda.)* ¡Calla, Rafael, viene Cruz! *(Cambiando la conversación afectadamente y levantando la voz.)* No escuchas razones, aborreces los monopolios.

RAFAEL *(Haciéndose cargo.)* Sí, aborrezco los monopolios *(Aparece Cruz puerta izquierda)*, todo lo que sea aprovecharse de la debilidad, de la ignorancia, de las ocasiones... *(Telón.)*

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Jardín del hotel de Torquemada.—Casa al foro.—Balcón en el centro del piso bajo, *perfectamente visible*.—En primer término, á la derecha, cenador rústico con mesa, sillones y sillas; en el centro, mesita con libros y periódicos.—Al lado de la mesita, sillones, sillas y confidentes rústicos

ESCENA PRIMERA

RAFAEL. TORQUEMADA

(Rafael, en primer término, sentado en un sillón, fuma un cigarro. Torquemada llega desde el foro y se dirige al cenador; en sus ademanes y gestos revela gran preocupación. No se fija en Rafael)

TORQUEM. *(De pie, delante de la mesa del cenador, saca unos papeles del bolsillo, los deja sobre la mesita y exclama con gran satisfacción.)* ¡Creo que ya me lo sé! *(Declamando con énfasis y echando una ojeada rápida á los papeles.)* Señores: No *voy á pronunciar un discurso.* Soy hombre de acción. *Hase* dicho que la palabra es plata y el silencio oro; yo me permito afirmar que la acción es *toda* perlas orientales y brillantes magníficos. Conozco á muchos que pasan su vida en los casinos, cortejando mozas ó chismorreando de tertulia en tertulia, que cuando carecen de numerario, *ó sea* dinero, gritan: «¡Este país *está*

perdido!» No tienen razón, los *perdidos* son ellos; todo lo que no sea el *clásico* trabajo, es tejer y destejer la tela de la *conocida Penélope*. Impulsado por estos móviles, *heme* decidido á favorecer á mi *patria chica*, que decimos ahora, llevando la locomotora con su blanco penacho de humo, como *lazo de unión* entre la corte y ese alejado rincón de la administración local. ¡Cuán verdad, señores, que la acción matará la palabrería, *que esto* matará *aquello*. Concluyo expresándoos mi gratitud por este homenaje magnánimo y verídico que me otorgáis. ¡Brindo por el *eterno Progreso!* ¡Paso á la ciencia y al trabajo! He dicho. *(Cambiando el tono.)* Este final, que me indicó Zárate, será de grandísimo efecto. *(Con énfasis.)* ¡Paso á la ciencia y al trabajo!

RAFAEL *(Desde el comienzo del discurso se ha incorporado, acompañando la oratoria de Torquemada con gestos y sonrisas burlonas.)* ¡Bravo! ¡Bravísimo! Logrará usted un éxito.

TORQUEM. ¡Estabas ahí! ¡Caramba, no me había fijado; estoy preocupadísimo!

RAFAEL Le felicito; adelanta usted, adelanta; ese banquete para festejar el comienzo del ferrocarril, tendrá su más preciosa corona de *perlas orientales y brillantes magníficos* en el brindis de usted.

TORQUEM. Te burlas como siempre; creo que no está del todo mal.

RAFAEL ¡Qué ha de estar! Pero yo en su puesto diría otras cosas.

TORQUEM. ¿Por qué?

RAFAEL Porque ese brindis no es sincero.

TORQUEM. Anda, pues dame una idea.

RAFAEL ¿De veras? ¡Yo ideas!, ¡yo que no sirvo para nada!

TORQUEM. Hombre, no empieces con tu tema. Van á ir algunos *guasones* periodistas, y, ¡la verdad!, sentiría *meter la pata ó desentonar*, que decimos ahora.

RAFAEL Pues mire usted, yo les diría: *(Levantándose é imitando el tono afectado de Torquemada.)* Señores: Tengo bien merecido el culto de adulación que me tributáis, adorando en mi persona al dios Exito y al becerro de oro. Me envidiais; veis en mí un ser superior; pues bien, lo soy, y vosotros unos *peleles* inútiles, muñecos de barro sin consistencia alguna. Yo soy también de Alcorcón; pero, barro engastado en oro, peso más que vosotros, y si queréis probarlo, llevadme en andas, y el dios, agradecido, derramará la lluvia generosa de billetes de Banco. ¡Brindo por la necedad eterna! ¡Paso al infinito número de los tontos, *que dijo el otro!* He dicho.

TORQUEM. Vamos, veo que estás de broma. ¡Quién me iba á decir, hace dos años, que yo *largaría* discursos ante tanta gente *facultativa!* Las tres veces que he hablado en el Congreso de *cosas financieras*, para *entre mí*, me estaba riendo del cuidado que ponían los taquígrafos en escribir lo que yo había leído por la mañana en *Diarios de Sesiones* viejos.

RAFAEL Puede estar satisfecho y reirse; es usted feliz.

TORQUEM. No es feliz quien no hace su gusto. *Heme* aquí obligado á *cumplimentar* cuantas ideas acaricia tu *reverendísima* hermana Cruz, que se ha propuesto hacer de mí un emperador de la China. Ya conocerás la última invención.

RAFAEL Sí, saludo al futuro Marqués de San Eloy-consorte.

TORQUEM. Veinticinco mil duros me va á costar.

RAFAEL Ese título corresponde á nuestra familia, y al rehabilitarlo Fidela, es preciso pagar los derechos.

TORQUEM. Sí, sí, Cruz me empuja hacia arriba; pero padezco, Rafaelito, cada empujón un ataque de bilis.

RAFAEL Estoy seguro de que su encumbramiento es pura farsa, accidental y transitorio, que algún día se deshará como castillo de naipes; pero al presente, fuerza es reconocer que usted triunfa, y esto me duele en mis sentimientos más queridos y en mi dignidad personal. El tratamiento preparatorio de la operación que he de sufrir para recobrar la vista, será largo; no quiero continuar en esta casa. Pienso instalarme en un Sanatorio extranjero. Después... cuando pueda trabajar, sano y útil... Me iré lejos... Muy lejos, á la libre América, ayudado por mi renta modesta, y ejerciendo mi carrera, demostraré lo que puede un aristócrata con ideas tradicionales del honor, independiente de la sociedad envilecida, á la que nada tiene que agradecer. ¡Ah!, la gratitud sería para mí carga pesada, como para todo caballero. *(Se levanta.)*

TORQUEM. *(Aparte.)* ¡Pobre muchacho! Cuánta tontería tiene en la cabeza. Si no fuese por su desgracia ya le rebajaría los humos.

RAFAEL Mañana me voy. Ahora escuche usted una profecía: los aristócratas arruinados, desposeídos de su propiedad por los usureros y traficantes de la clase media, algún día se sentirán impulsados á la venganza, querrán destruir esa raza egoísta que se apodera del gobierno, que desea para sus arcas el dinero de la Nación y para ornato de sus hogares las mujeres de la aristocracia. Sí, Torque-

mada, los de mi clase que sientan y piensen como yo, se alzarán contra esos mercachifles que manchan la historia de la nobleza legítima, usurpando sus coronas. Su hijo lo verá... Nosotros, no... Esa revolución tardará... Tardará demasiado... *(Se va lentamente por la izquierda.)*

ESCENA II

TORQUEMADA

TORQUEM. *(Se sienta en un sillón.)* ¡Pobre chico! Cada día está más loco, *¡ñales!*, con hablar de la renta suya, que yo le regalo—entre paréntesis—. *¡Reñales!* con la aristocracia esa, que va á hacer la revolución. *(Aparece Fidela por el foro y se dirige hacia Torquemada.)* Que pida informes á *esa libre América*, á los Estados Unidos... Que no da abasto el *mercado de novias* para tanto título tronado... Me dan risa... Ja, ja, ja... los señoritos... del porvenir.

ESCENA III

TORQUEMADA, FIDELA

FIDELA He oído gritar á Rafael; ¿qué pasa?

TORQUEM. No pasa nada; pasa que tu hermano *está de remate. (Tocándose la frente.)* Lo de siempre.

FIDELA Perdónale, es muy desgraciado...

TORQUEM. ¡Anda!, ¡qué me cuentas! ¿Crees tú que si no mirará el *defecto*...? ¡La verdad! Estarse burlando siempre de mí... Es decir, cuando no *me larga* cosas peores... como hoy.

FIDELA Mira, Paco, tú eres muy bueno, has hecho con Rafael lo que hubiera podido hacer un padre, dejando á salvo su dignidad, ocultando tus beneficios. Por tu desinterés hemos conseguido tenerle á nuestro lado: si recobra la vista, también te lo deberá.

TORQUEM. En toda la extensión de la palabra.

FIDELA Ten paciencia... Por mí... Ya sabes que los médicos consideran preciso evitar emociones para intentar la operación.

TORQUEM. ¡Que si tengo paciencia! Por ti, Fidelita... Por verte contenta tendré lo que tú quieras; todas mis alegrías vienen de ti... ¡Cómo te voy á negar nada!...

FIDELA Está decidido á irse al Sanatorio; yo lo creo preferible; aquí todo contribuye á excitarle. Vivirá perfectamente asistido y la operación tendrá [illegible] garantías inmejorables. Tengo fe en el exito; son los dos mejores oculistas del mundo quienes dan esperanzas... Yo deseo que no carezca de nada... Que no se regatee en la curación ni en la asistencia preparatoria, que será larga...

TORQUEM. Bueno... Conforme...

FIDELA Que tenga cuidados especiales... extraordinarios... Y eso...

TORQUEM. Acaba... y eso es muy caro, ¿verdad?

FIDELA Para ti no... prométeme una cosa.

TORQUEM. A ver...

FIDELA *(Mimosa.)* ¡Vaya un mérito! Has de prometer sin condiciones.

TORQUEM. ¡Caramba! ¡Sin condiciones... tengo palabra y...

FIDELA ¿Sí ó no? *(Echándole los brazos alrededor del cuello.)*

TORQUEM. Vaya... bueno... sí.

FIDELA Me darás carta blanca para gastar lo necesario en la curación de Rafael.

TORQUEM. Pero... *(Aparece Cruz por el foro.)*

FIDELA Has prometido, y yo, en cambio, te doy un abrazo muy fuerte, el que se merece el mejor de los hombres. *(Le abraza.)*

TORQUEM. Fidela... Fidelita... *(Conmovido. Cruz se queda un momento contemplándolos con sonrisa cariñosa, y después se acerca.)*

ESCENA IV

TORQUEMADA, FIDELA, CRUZ

CRUZ *(Haciéndose la desentendida.)* *Señor ferrocarrilero*, ¿sabes la hora?

TORQUEM. *(Sacando rápidamente el reloj.)* ¡Ay, sí, tardísimo; se pasa el tiempo!...

CRUZ *(Con ironía.)* Sí que se pasa... á la una el banquete.

TORQUEM. Voy corriendo á *enteritarme*. Morentín estará aguardando.

CRUZ Hace un rato entró en el despacho.

FIDELA Sí; me dijo, al llegar, que venía á buscarte.

TORQUEM. *(A Fidela.)* Hasta luego, monina; me voy volando, tengo que firmar el correo antes de salir. *(Dirigiéndose á la casa.)* ¡Caracoles, á que llego tarde!...

ESCENA V

FIDELA, CRUZ

CRUZ ¿Conque escena de ternura, eh?

FIDELA No te burles, Cruz. ¡Paco es tan bueno para mí! Hay veces que pienso: así sería mi abuelo, si viviera.

CRUZ No se te ocurra decirle á tu marido esa comparación del abuelo, quizá no le agradara.

FIDELA ¡Pícara, maliciosa! Ya me cuidaré yo de no decirle cosas mortificantes. ¿Sabes? Carta blanca para la curación de Rafael.

CRUZ ¡Vamos, comprendo el abrazo y la escenita de antes! Esas labores las haces bien, tu temperamento es á propósito; cuando hay que reñir, aquí está la suegra. Ya me figuro sus comentarios íntimos: «El que vea tu hermano me va á costar á mí un *ojo de la cara.*»

FIDELA ¡Burlona!... Hoy miras todas las cosas por su lado cómico. Y *hablando de cómico*, y por asociación de ideas: *no sé qué hacer* con Morentín.

CRUZ ¿Sigue tan pesado?

FIDELA Como seductor profesional, va tocando diferentes resortes. ¿Te acuerdas cómo empezó?

CRUZ Sí, hace un año; la nota romántica: «Yo amo á una mujer inteligente y hermosa...»

FIDELA «Como usted; una mujer que respeto y admiro por su belleza, por su maestría en el sufrimiento, por su bondad incomparable...»

CRUZ Sí, sí, «como usted», me acuerdo; y luego miradas, suspiros, etc., etc.

FIDELA En esto, ya sabes, el accidente de automóvil; se rompe una pierna y... suspensión de hostilidades; *Don Juan* inútil.

CRUZ Y tú nueve meses de embarazo; *Doña Inés* en prosa; los *dos embarazados* al mismo tiempo, y yo en París y Berlín con Rafael, recorriendo médicos. Todo eso lo sé, no me dices nada nuevo.

FIDELA Durante tu ausencia se puso bien, y volvió á la carga. Hace quince días, cambio de estrategia: «¡Yo solo! ¡Qué triste! Fidela, sin un cariño verdad; ¡si, al menos, tuviera un hijo, un hijo tan hermoso como el suyo!»

CRUZ Esa es una inconveniencia bastante delicada.

FIDELA Sí, algo parecida á la de esos señores que, al

pasar una mamá joven y hermosa con un niño, dicen con admiración, fingiendo inocencia: «¡Qué hermoso! ¡Quién fuera su padre!»

CRUZ — Perfectamente, *señora satírica.* ¿Y desde que hemos regresado sigue tocando el mismo tema?

FIDELA — El mismo. Rafael debe sospechar algo; pues siempre que se habla de Morentín, dice: «¡Valiente perdido!» Conversan muy raras veces.

CRUZ — Es preciso alejarle con discreción; la gente murmura, y ya ves... es muy triste... *(Aparece Morentín en el balcón central de la casa.)*

FIDELA — ¡Y tan triste! Que cuatro chismosos puedan divertirse á nuestra costa. *(Mira hacia el foro y se fija en Morentín.)* El caso Morentín es urgente. Hoy, al entrar, me dijo con cierto misterio que deseaba hacerme una pregunta reservada. En el despacho está observando; sin duda espera la oportunidad.

CRUZ — Me parece ocasión excelente para despacharle en buena forma.

FIDELA — Déjame sola, y si viene, como espero... dicho y hecho.

CRUZ — Ten prudencia. Esos Tenorios profesionales son de cuidado: si triunfan, charlan lo que no deben, y cuando se les desaira...

FIDELA — Calumnian sin piedad. Entiendo, entiendo... Desplegaré el trasteo fino.

CRUZ — Hasta luego. Voy á tomar asiento de preferencia. *(Sale por detrás del cenador y en seguida desaparece Morentín del balcón.)*

ESCENA VI

FIDELA

FIDELA — *(Coge un libro que está sobre la mesita.)* Es preciso desahuciarle de una vez. ¡Qué hombres!... ¡Diez años de amistad! ¡Yo soltera y

no se le ocurre decir nada! Y ahora le entra la pasión. *(Viene Morentín por el foro. Fidela le ve y finge leer.)* ¡Vamos, no ha tardado! Los malos ratos pasarlos pronto.

ESCENA VII

FIDELA, MORENTÍN

(Morentín se acerca á Fidela.)

FIDELA *(Haciéndose la sorprendida.)* ¡Ah! ¿Es usted?

MORENTÍN ¿La he asustado?

FIDELA De ningún modo; estoy curada de espanto.

MORENTÍN No sé si podré hablar. Está usted hermosísima, en un grado de hermosura desesperante... Cuando la contemplo padezco vértigos; es como mirar al sol...

FIDELA Pues póngase usted vidrios ahumados. No veo otro recurso.

MORENTÍN ¡Siempre tan burlona!

FIDELA No; soy sincera; reconozco que estoy guapísima. No crea que me ruborizo al oirlo. ¡Menos modestia, imposible!

MORENTÍN Su franqueza es un nuevo atractivo que encuentro en usted.

FIDELA La tengo hace tiempo; pero como usted no se fija más que en sí mismo...

MORENTÍN No lo crea; tan poco me fijo, que no *sé cómo soy*. Dígamelo, sea tan sincera en la crítica mía como en la propia.

FIDELA Es usted *muy inocente*, mejor dicho, un poquito ignorante. Aprendió muchas cosas; la esgrima, por ejemplo. Es usted gran tirador; pero en la esgrima social, en el tacto fino para conocer el grado y la clase de afecto á que debe aspirar en sus relaciones amistosas, en el *doigté (Acompaña la acción á la palabra)*

que dicen ustedes en la sala de armas, parece un niño Pepe Morentín.

MORENTÍN Emplea usted conmigo una ironía que no sé interpretar; expresaré lo que siento, y puesto que los niños y los locos dicen las verdades, la verdad es que yo la quiero á usted con toda mi alma.

FIDELA Y yo correspondo á ese afecto; ¿está usted contento?

MORENTÍN Me lo dice de un modo... con una tranquilidad y una sonrisa... ¿Puedo creerlo?

FIDELA Puede usted creerlo; ha sido, de los pocos que nos acompañaron en los días tristes, el mejor amigo de mi hermano. En serio lo digo: después de mi marido y de Rafael, ya muerto el pobre Donoso, usted es el hombre á quien más quiero en el mundo.

MORENTÍN ¡Ah!

FIDELA ¿Le sorprende? ¿Cómo interpretó mis palabras?

MORENTÍN Yo la quiero á usted con amor único, exclusivo, en el que se condensan todos mis entusiasmos de hombre, todos mis ideales y alegrías. ¿Usted siente por mí algo semejante? ¿Puede corresponder á ese cariño exclusivo?

FIDELA Eso es el amor, y yo no le amo á usted. Yo no puedo amar, porque la ocasión... pasó. Sólo puedo querer con cariño fraternal, con cariño de madre, con cariño de gratitud.

MORENTÍN Fidela... Su conducta, su trato conmigo... No sé cómo decirlo... Concebí esperanzas...

FIDELA ¡Alto!, Morentín; eso no es cierto, y le perdono tal acusación de coquetería sin enfadarme seriamente, porque le miro como á un chiquillo, y no de los mejor educados; yo no le dí esperanzas; usted me ofendió en su pensamiento, creyendo que, conseguidas las comodidades,

buscaría los placeres fáciles haciendo todo compatible. Eso es imperdonable. Los hombres de treinta á cuarenta años que voy tratando, necesitan una disciplina de colegio muy dura, no conocen la delicadeza; su amiga, la Marquesa del Valle, dice que ya no hay señoras, y créame usted, es injusta, pero es cierto que se están acabando los caballeros; queda algún viejo contemporáneo de nuestros padres.

MORENTÍN Perdone usted, Fidela; hay caballeros. Yo corresponderé á su sinceridad con la mía. Acaso por primera vez en la vida amo de veras; ¿y sabe por qué? Porque supo resignarse primero, y sacrificarse después por los suyos. Su hermosura y su gracia, que en otro tiempo no supe apreciar, se transformaron á mis ojos al conocer el valor que demostró en los trances difíciles, y hoy, al hablarle, era el amor verdadero el que hablaba por mí.

FIDELA ¿Aceptaría usted una prueba para que yo creyese en sus palabras?

MORENTÍN Usted manda.

FIDELA Morentín; usted, con su asiduidad cerca de mí, con sus sonrisas de calavera afortunado, con su fama de galanteador, es causa de que *mis buenas amigas* den por hecho lo que no existe. ¿Usted dice que me ama?

MORENTÍN Con alma y vida.

FIDELA Entonces abdicará el amor propio, porque el amor absoluto y verdadero es el sacrificio completo de uno mismo por la felicidad del ser amado. Si usted me ama, no volverá más á esta casa, y cuando sus amigos le pregunten, inventará un pretexto, y cuando insistan en conocer la causa, Pepe Morentín y Ulloá, descendiente de grandes de España, que tiene en su escudo el lema: «Por el honor y

por la dama»..., Pepe Morentín confesará lisa y llanamente la verdad. ¿Es usted capaz de decir que una mujer joven, casada con un hombre que le dobla la edad, le ha rechazado porque prefiere la prosa vulgar de la vida diaria, tranquila, sin emociones, ni remordimientos, á todos los encantos del conquistador?

MORENTÍN Fidela, también hay caballeros en la generación presente; yo se lo probaré.

FIDELA Si usted lo demuestra, será siempre mi mejor amigo; todavía más: el único, el incomparable, y cuando pase el tiempo, comprenderá que es preferible á un mal amor una buena amistad. *(Morentín besa respetuosamente la mano á Fidela y se retira por la izquierda. Fidela se sienta y queda pensativa. Cuando desaparece Morentín, sale Cruz por detrás del cenador.)*

ESCENA VIII

FIDELA, CRUZ

CRUZ Se acabó la escena de comedia. ¡Casi me ha conmovido!

FIDELA No es tan sinvergüenza como pensábamos... Después de todo... hace lo que ve hacer en el mundo que frecuenta.

CRUZ ¡Parece que le disculpas!... Dime tu pensamiento entero.

FIDELA ¿Confesión completa?

CRUZ Sí.

FIDELA Es el único hombre que me gusta de veras.

CRUZ Entonces, el sacrificio tiene mérito.

FIDELA Ninguno; porque Fidela tiene que ser fiel. ¡Nobleza obliga! *(Abraza á Cruz.) (Telón.)*

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

Un salón del antiguo palacio de Aguila.—Puertas derecha é izquierda.—Balcones.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA

CRUZ, FIDELA

FIDELA *(Entrando puerta derecha.)* Todo listo, Cruz, y yo también lista.

CRUZ ¡Muy guapa, hermanita! ¡Reguapísima! *¡Toilette* oficial!

FIDELA *(Con ironía.)* ¡Hay que hacer los honores al Presidente!

CRUZ ¡Y á la Presidenta! ¡La vieja más orgullosa de España! Ya sabes cómo la llaman: Isabel III.

FIDELA La Presidenta del Consejo en estos tiempos, es *casi* una *virreina.*

CRUZ Sin *casi;* su marido refrenda los decretos de la Corona y ella refrenda los decretos de su marido, conque...

FIDELA Estarás contenta, has triunfado en toda la línea. Otra vez en nuestra casa. Somos lo que fuimos; los medios no han sido muy nobles, ciertamente...

CRUZ Los medios... No te preocupes; *se ambiciona siempre lo mejor, pero sólo se hace lo posi-*

ble. El primer Marqués de San Eloy, fué un aventurero que alcanzó su título batiéndose por ideas que creía justas, y atropellando, de paso, hombres y derechos. El actual Marqués de San Eloy consorte, descenderá probablemente de alguna víctima de su antecesor en el título y al cabo de seis siglos toma el desquite; es otro aventurero sin cota de malla, que llega descalzo y pobre de su pueblo y se vale de las armas que tiene á su disposición; en vez de la lanza y la espada, el pagaré, el ahorro; en vez del escudo y el casco, el Código de Comercio y el amparo del Estado. Tú en la batalla te hiciste mujer... Yo... me he hecho vieja... *(Señalándose el pelo.)* Pero estoy contenta.

FIDELA ¡Coquetona! No quieras que te regale los oídos.

CRUZ Soy sincera; he renunciado á ciertas ilusiones; si no fuese por el tiempo que dedico á tu hijo, en calidad de *bonne*, tía carnal y *abuela honoraria*, todo en una pieza, me aburriría.

FIDELA Te comprendo, necesitas la lucha, dificultades que vencer, algo que conseguir.

CRUZ Algo me queda; Rafael sigue firme como una roca. En su última carta de América, ya la viste, dos carillas, poniendo *en solfa* á tu marido y burlándose de nuestras grandezas presentes.

FIDELA Creímos que juzgaba nuestra vida á través de su ceguera y su forzosa quietud; ¡qué equivocación! Fuerte, con vista desde hace seis años, trabajando en su carrera, en plena actividad, piensa lo mismo.

CRUZ Es que Rafael desconoce muchas cosas, y para que se dé cuenta de la realidad *(Con intención)* habrá que *operarle de nuevo*.

FIDELA Cuando le anuncié mi boda, era indispensa-

ble que supiese... Ahora no lo creo necesario: déjale vivir en su ignorancia, será más dichoso.

CRUZ — Se trata de una obra de justicia; es una reparación que debemos á tu marido; la merece y no dudes... *(Entra Rafael puerta izquierda.)*

ESCENA II

CRUZ, FIDELA, RAFAEL

CRUZ / FIDELA — ¡Rafael!

CRUZ — ¡Tú aquí; sin prevenirnos! *(Le abrazan.)*

RAFAEL — Hola, hermanitas. *(Las besa y abraza con gran cariño.)* He querido sorprenderos; vengo de paso, sólo unas horas: desembarqué ayer en Cádiz, y esta noche salgo para Londres. Asuntos de la casa. Dentro de ocho días me embarcaré de regreso. Os doy un abrazo y sigo.

CRUZ — ¡No has querido pasar una temporada con nosotras!... ¡Siempre con pretextos!...

FIDELA — ¿Te parece bien? Seis años sin verte. ¡Desde tu curación; siempre negándote á venir á España!...

RAFAEL — Tengo aquí muchos recuerdos tristes... no podría vivir feliz. Sólo una pena siento. No teneros á mi lado. Ya recibí las fotografías de la casa. He visto, al entrar *(Señala puerta izquierda)*, los retratos de nuestros padres... En este instante... se aumenta mi tristeza... esta casa... mi casa... que ya no es mía...

FIDELA — ¡Rafael, esta casa siempre será tuya!... ¡En ella se te esperará con los brazos abiertos, con la mayor alegría...

RAFAEL — Yo me entiendo... Las cosas han ido por dis-

tinto rumbo... Los profetas fracasados, los que se equivocan, deben irse muy lejos; lo que yo hago...

CRUZ — Vuelves á tus manías. Eso ocurrirá en otros sitios; en España, no. Aquí, los fracasados son los que mandan. *(Con ironía.)* La experiencia de sus errores debe serles muy útil para el gobierno de las vidas ajenas, á juzgar por los puestos que ocupan... ¿Me permites un discursito de mi especialidad?

RAFAEL — *(Sonriendo.)* Hable el general en jefe.

CRUZ — No te asustes, seré breve; tenemos comida casi oficial esta noche y se acerca la hora.

FIDELA — Será un vermut, Rafael, ya la conoces.

CRUZ — Pues mira, hijito; te empeñas en vivir fuera de la realidad; el mundo camina deprisa, y tú te quedaste atrás con tus ideas. Te figuras las cosas conforme al criterio del más puro quijotismo; abre bien los ojos, mira lo que se puede hacer, no lo que se quiere; acepta las transacciones, sin las cuales no podríamos existir. Se vive de las ideas generales, no de las propias exclusivamente, y los que con infantil orgullo pretenden vivir sólo con las suyas, suelen dar con ellas y con su cuerpo en un manicomio.

RAFAEL — *(Con ironía.)* ¡Qué reflexiones tan prácticas!... Transacción... realidad... ideas generales... ¡Qué términos tan bonitos! Créeme, se ha perdido algo muy interesante: los caracteres de otro tiempo ya no existen.

CRUZ — *(Riéndose.)* ¿Los caracteres de una pieza del teatro antiguo? Hace tiempo que se acabaron; la vida es serie continua de rectificaciones; mira, lo mismo que los programas, jamás se cumple lo anunciado.

RAFAEL — Alguna vez sí. La idea inspiradora de mi sueño *Renacimiento*, aquel de que tanto os reis-

teis hace diez años, se ha cumplido en parte. El retrato de Torquemada bajo el dosel era un símbolo, mitad nobleza *(A Fidela)* la que tú llevabas; mitad villanía, su fortuna. Insisto, los viejos ideales de nobleza, desaparecen, mueren.

CRUZ ¡Como todo lo viejo, muere para transformarse! Queda la esencial; la fuerza en su infinita variedad de formas: el dinero, la influencia, la nobleza heredada, las voluntades firmes, todo es fuerza... Los que luchan por subir y no pueden, son los únicos que odian á los fuertes, y eso... por envidia; sí, Rafaelito, todos son demoledores hasta que triunfan, después se vuelven *gubernamentales*, la palabra de moda: *gubernamentales*. Es el dicho viejo: «Caballeros: no empujar», cuando se ha llegado á la primera fila, atropellando á los que no pudieron resistir. Y esto fué ayer, es hoy y será siempre.

RAFAEL Filosófica estás...

CRUZ Es que vamos á comer con políticos. *(Entra Torquemada, puerta derecha. Rafael estará sentado de espaldas á esta puerta.)*

RAFAEL ¿Has concluído el discursito?

CRUZ *(Viendo entrar á Torquemada, se levanta.)* Me falta poco, pero... *(Rafael vuelve la cabeza y se levanta también.)*

ESCENA ULTIMA

CRUZ, FIDELA, RAFAEL, TORQUEMADA, CRIADO (cuando se indica)

TORQUEM. *(Acercándose.)* Creo que no he tardado mucho—las ocho menos cuarto—. *(Rafael hace una inclinación á Torquemada, algo suspen-*

so, en actitud vacilante.) ¡Rafaelito! ¡Tú aquí! ¡Qué sorpresa; mil enhorabuenas! *Le tiende las manos con gran efusión.)*

RAFAEL *(Mirándole fijamente.)* ¡Ah!

FIDELA *(A Rafael.)* ¿No le conoces? Mi marido... *(Marcando las palabras.)* Tu hermano.

RAFAEL ¡Ah, usted! *(Le da la mano, maquinalmente).*

TORQUEM. *(Sonriendo.)* ¡Vamos!, ya comprendo; no corresponde mi figura á la idea que te habías formado. Es muy frecuente ese caso.

RAFAEL *(Balbucea.)* Es verdad... No corresponde... El retrato que yo conozco...

TORQUEM. ¡Ah, sí! Nuestro retrato de novios... Han pasado diez años.

RAFAEL La transformación física es completa... Vengo sólo de paso, y antes de marchar es mi deber darle gracias por haber restituído los retratos de mis padres al sitio donde los vi de niño.

TORQUEM. Era natural; están en su casa. Mi aristocracia es tan reciente.... Sería ridículo que yo quisiera ocupar ese puesto en calidad de Marqués consorte ó *con suerte*, como me llaman los maldicientes.

RAFAEL *(Con ironía.)* ¡Progresa usted! Combina la cortesía con la modestia y el ingenio, para evitar el ridículo. Le felicito, pero no le envidio; usted y mis hermanas lo deben todo á una sociedad, de la que son dueños en apariencia y esclavos verdaderos. Yo soy libre, nada me liga, nada tengo que agradecer. *(Dirigiéndose á sus hermanas.)* Sólo vuestro cariño y vuestros cuidados deben figurar en la cuenta de mi gratitud. *(Pausa.)*

CRUZ Te equivocas, Rafael, falta algo más. El desinterés de Torquemada y la suprema delicadeza que revela soportando en silencio tus palabras.

RAFAEL ¿Qué quieres decir? Explícate.

FIDELA Mi marido, con su influencia y su capital, consiguió la transacción en el pleito de Albornoz, origen de la renta que disfrutas; puso á nuestro alcance tu curación, que representa enormes gastos; tu cargo de ingeniero-jefe en la Compañía americana, á él se lo debes.

CRUZ Esta es toda la verdad.

RAFAEL Imposible. (*A Torquemada.*) ¿Usted ha hecho todo eso por mí.... por el hombre que siempre se resistió á considerarle como de la familia? Eso no es verdad. Yo he visto la escritura de la finca de Albornoz, las cuentas de los cirujanos, bien modestas por cierto; yo fuí llamado directamente por el jefe de la Compañía y en nada de eso figura el nombre de usted, ni tampoco se trasluce su intervención.

CRUZ Te conocíamos, eras capaz de no aceptarla, por orgullo.

FIDELA Eras capaz de cualquier disparate que hubiese amargado para siempre nuestra vida.

CRUZ Hemos guardado el secreto; pero callar en este momento, por mi parte, sería indigno.

RAFAEL No lo creo... Es absurdo.

FIDELA Te doy mi palabra de honor. (*Pausa.*)

RAFAEL (*A Torquemada.*) ¿Y usted qué dice? Hable.

TORQUEM. Nada tengo que añadir, es verdad; creyó Fidela que haciéndote dichoso, algún día podríamos todos ser hermanos.

RAFAEL (*Descompuesto.*) ¡Entonces, qué queda de mí! Un necio y mentecato condenado al engaño perpetuo... Esta sacudida es más grande que la otra.... cuando supe nuestra horrible pobreza. ¡La verdad no siempre nos hace felices!... Es preferible ignorar muchas veces... hechos consumados..., inmensos beneficios que no puedo pagar...; porque eso se

paga con el afecto, con la eterna gratitud del corazón, y yo no puedo... es superior á mí... pero no puedo agradecerlo, no puedo. *(Se coge la cabeza entre las manos, abatidísimo. Torquemada se acerca á Cruz y Fidela, hablan en voz baja; ellas se retiran al fondo del salón en actitud expectante. Torquemada se acerca á Rafael, le toca cariñosamente en un hombro y se sienta á su lado.)*

TORQUEM. *(A Rafael; en voz baja y con acento de gran sinceridad y afecto.)* Rafaelito, escucha un momento, óyeme sin interrumpir. A pie y sin dinero, como esos señoritos que ahora recorren el mundo por capricho, vine á la corte hace cuarenta años. Llegué una madrugada del mes de Marzo; dormí en los soportales de la Plaza Mayor. Mi tío, prestamista y tacaño, necesitaba un criado; su sobrino podía desempeñar la plaza con menos jornal. Veinte años estuve en su casa. Allí me *asimilé*, ¿se dice así, verdad?, me *asimilé* el egoísmo, la sequedad de corazón del amo. Murió mi tío, dejándome un capital importante, me casé con una mujer modesta; tuve un hijo en el que puse todos mis cariños. Repentinamente falleció mi esposa, luego mi Valentinico... Mi avaricia creció desmesuradamente; ahorrar, atesorar sin descanso era mi única satisfacción. Al quedarme solo juré no querer á nadie... queriendo se sufre mucho. Al tratar á Fidela comprendí que no se debe jurar en vano... *(Bajando más la voz.)* Y ahora voy á decirte una cosa que no he dicho á nadie: se ha equivocado Cruz, te has equivocado tú, os habéis equivocado todos; he estudiado, he procurado aprender educación, *cepillarme*, como tú decías burlonamente, no por ambiciones ridículas, sino porque

así pensaba que Fidela llegaría á quererme. Yo sabía, porque no soy tan bruto como crees, que una mujer aristocrática, joven y hermosa, no podía enamorarse de mí, y yo intentaba y trabajaba y trabajo para que la gratitud y la estimación hagan las veces del amor. Por ella soy capaz de sacrificar mi fortuna, y, sin embargo, he fingido que me dolían ciertos gastos para dar más valor á mis concesiones. Por amor á Fidela he soportado tus burlas y tu desprecio, y he callado y he procurado quererte, sólo porque ella te quería más que á nadie en el mundo. No tienes nada que agradecerme. No te burles hoy de esta pasión de un viejo, piensa en mis esfuerzos para que sea tolerada, ya que no pudo ser correspondida. *(Hace seña á Cruz y Fidela, indicando que ha concluído. Estas se acercan.)*

RAFAEL *(Con acento triste y reflexivo.)* No me burlaré, nó; esté usted tranquilo. He perdido para siempre el derecho á la crítica de las acciones ajenas; veo bien claro que nuestro amor propio nos presenta como ciertas las ilusiones que nos forjamos para darnos importancia, para elevarnos sobre los demás, y empiezo á creer que los ideales llamados nobles, las bajezas que decimos despreciables, lo justo y lo injusto, lo bueno y lo malo, son invenciones humanas, circunstanciales é interesadas, sin realidad ni consistencia alguna; pero veo también con los ojos, con la inteligencia, con el corazón, que hay algo verdadero *(Dirigiéndose á Cruz y Fidela):* el cariño que me tuvisteis, llevado hasta lo sublime *(A Torquemada);* el amor de usted que le hizo reformarse... engrandecerse... perdonar...

FIDELA Y todo eso, bien merece que repartas tu vida entre nosotros y tu trabajo.

CRUZ — Y merece más. *(Con intención.)* Que todos seamos hermanos, ¿verdad?

RAFAEL — La impresión ha sido muy brusca, cambia por completo el curso de mis ideas; necesito algún tiempo de reposo... *(Se queda pensativo. Cruz se acerca y le llama la atención afectuosamente. Fidela y Torquemada se retiran y hablan en voz baja. Rafael se dirige á Cruz, mirándola fijamente con gran expresión de tristeza.)* ¡Otro fracaso! El de mi vanidad. Las ideas arraigadas en mí, protestan, pero se declaran vencidas. Tenías razón, y he de confesarlo aunque me duela; en este renacimiento de cosas y personas, afectos é ideales, manda la fuerza, la firme voluntad del que quiere vencer y vence.

CRUZ — La fuerza, sí; pero transformada, suavizada por el eterno amor. *(Entra el criado puerta izquierda.)*

CRIADO — El coche del señor presidente acaba de entrar. *(Sale el criado puerta izquierda.)*

FIDELA — *(Abrazando á Rafael.)* Hermanito, cambio de decoración... No te irás esta noche, ¿verdad?

RAFAEL — El deber me obliga. *(A Torquemada, dándole las dos manos.)* Gracias, mil gracias. *(Abrazando á Fidela.)* Volveré... y el tiempo hará lo demás.

TORQUEM. — *(Abrazándole.)* Esta es tu casa, Rafael; no lo olvides, aquí dejas la memoria de tus padres; ellos y nosotros te esperamos. *(Se dirige con Fidela hacia la puerta izquierda. Rafael abraza á Cruz. Cuadro y Telón.)*

FIN DE LA COMEDIA

3 0112 117489911